This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

789
A749
mu

LA MUJER ARTIFICIAL

o

LA RECETA DEL Dr. MIRO

OPERETA EN 3 ACTOS

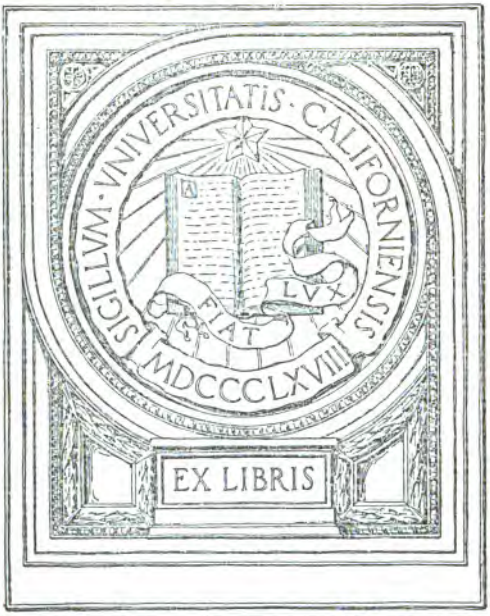
ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES

y JOAQUIN ABATI

EDITORIAL
PUEYO
ARENAL 6

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



789
a4149

LA MUJER ARTIFICIAL Ó LA RECETA DEL DOCTOR MIRÓ

C. ARNICHES Y J. ABATI

LA MUJER ARTIFICIAL

Ó LA

RECETA DEL DOCTOR MIRÓ

PASATIEMPO-CÓMICO LÍRICO EN TRES ACTOS, DIVIDIDO EN SEIS CUADROS, ORIGINAL, EN PROSA, DE CARLOS ARNICHES Y JOAQUÍN ABATI, MÚSICA DEL MAESTRO PABLO LUNA

Estrenado en el Teatro de la REINA VICTORIA, de Madrid, la tarde del 24 de Diciembre de 1918.

COPYRIGHT BY CARLOS ARNICHES Y JOAQUÍN ABATI, 1919.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1919

J. C. Cebrian

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y de cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norwege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Fabricia	Srta.	Hidalgo (Consuelo).
Fosforina		Haro (Rafaela).
Pelmidia	Sra.	Mesejo (Consuelo).
Robustiana	Srta.	Torres (Paquita).
Mimí		Pinillos (Laura).
Totó		Lledó (Asunción).
Lulú		Santamaría (Anita).
Miss Jenny		Saavedra (Teresa).
Miss Lowe		Torres (Rosita).
Un botones		Vega (Jacinta de la).
Don Faustino	Sr.	Lorente (Julio).
Frasquito		Moncayo (José).
Vivales		Barreto (Pedro).
Ceporro		Lorente (Ernesto).
Chicharro		
Antúnez		Barta (Emilio).
Doctor Miró		Sola (Lorenzo).
Lucifer		Gandía (Enrique).
Torrija		Barta (Emilio).
Próculo		Gutiérrez (Emilio).
Sataniez		
Mr. Evans		Sola (Luis).

473267

Un criado.....	Suárez (Nicolás).
Tizones.....	Soriano (Salvador).
Mozo 1.º..	Estrella (Francisco).
Mozo 2.º.....	Albertino (León).

En el final del acto segundo, gran bailable

LA FIESTA DEL ABANICO

REPARTO

La Reina.....	Srta. Luque.
Esclava 1.ª.....	Vega.
Esclava 2.ª..	Ruano.
Los pájaros de la noche....	Benítez. Fortuny. Recio. Alvarado.
Boy-Scouts.....	Rodríguez (A.). García. Otero. Bravo.
Los encajes.....	Rodríguez (C.). Prado. Montero. Pozuelo.
Abanicos españoles.....	García. Torres. Vigueras. Sierra.
El abanico Wateau..... ...	Saavedra.
El abanico de plumas	Pinillos.

El abanico de encajes.....	Fontana.
El abanico japonés.....	Lledó.
El abanico futurista..	Buendía.
El abanico de baile.....	Santamaría.
El abanico de fantasía.....	Terán.
Medallones.....	Hontana. Marassi. Ortega. Castrillo. Fernández. Bauter. Martínez.

Decorado, de José Martínez Garí.
Muebles, de Alfonso Gutiérrez.
Sastrería, de la Empresa.
Director de escena, D. Ventura de la Vega.
Apuntadores: Bernardo Cortina y Gumersindo Rodríguez
Derecha é izquierda, las del actor.

A

UNIV. OF CALIFORNIA

ACTO PRIMERO

La acción de este acto: en Madrid, el cuadro primero, y en Barcelona, el segundo.

CUADRO PRIMERO

Decoración: Un despacho modesto. Al fondo hay un ventanal de cristales, abierto, por el que entra la luz azulada del alba, que se anuncia tenuemente. En el centro de la escena, una mesa de despacho, sobre la que luce una lámpara con pantalla verde. En la mesa, muchos libros, una esfera armilar y tubos de ensayos. En el foro izquierda, velador con tapete grande. En lugar visible, un encerado con su pie correspondiente, lleno de cálculos algebraicos. Puertas á ambos lados de la habitación.

La escena, sin más luz que la de la lámpara.

ESCENA PRIMERA

MUSICA

Al levantarse el telón aparece Don Faustino, que es un señor algo encorvado, viejo,

VINU ANGELICO

feo y con barba de chivo, envuelto en una bata de casa; de bruces sobre la mesa, durmiendo profundamente. A poco Don Faustino, dormido, habla y acciona.

RECITADO

DON FAUSTINO.—¡Sí... ésa es, ésa es la mujer!... ¡La mujer como yo la quiero, como yo la ansío: joven, bella, flexible; con la casta desnudez, serena é inmortal, de la Venus de Praxiteles!... ¡Dádmela, genios ocultos de la ciencia! ¡Potestades infernales, sacerdotes de la Taumaturgia... dádmela!... ¡Soy rico! Tengo millones. Tomad mi oro, todo mi oro... El oro es el poder supremo, eje del mundo... *(Cesa la música.)*

ESCENA II

Dichos.

Salen Vasija y Robustiana por la puerta de la izquierda, andando de puntillas. Hablan en voz muy baja. La luz va aumentando durante esta escena, hasta hacerse total.

VASIJA.—¿Qué voces son esas?...
ROBUSTIANA.—¡Chist! Es el amo, que sueña.
VASIJA.—¿Qué dice?
ROBUSTIANA.—¡Chist!

DON FAUSTINO. — *(Soñando todavía.)* ¡Soy viejo, pero qué importa! ¿Qué valen el vigor y la juventud ante el oro?... ¡Tomad el mío, llevaos mi fortuna, toda mi fortuna; pero dadme, dadme la juventud, el amor y la belleza de una mujer, para mí solo!

VASIJA.—¡Y un jamón!

ROBUSTIANA.—¡Chist! ¡Que está soñando!

VASIJA.—Pero es que á los setenta años, ni soñando se piden esas tonterías. ¡Come las chuletas con masticador y quié una señora pa él solo!... Amos... *(Sonríen.)*

ROBUSTIANA.—Son los libros y tantos estudios que le vuelven tarumba al pobre hombre. *(Se va haciendo de día.)*

VASIJA.—Como me llamo Frasquito Vasija le juro á usted, Robustiana, que creo que estamos sirviendo á un demente.

ROBUSTIANA.—Lo mismo me figuro. El pobre señor es un chalao; siempre está hablando solo y sueña á gritos, y hace unas cosas...

VASIJA.—Pero lo grande es cuando estudia... ¡Hay que verlo! Mezcla el líquido de una botella con el de un vaso, el de un vaso con el de una jícara, y cuando sale humo se va á la pizarra y saca la cuenta.

ROBUSTIANA.—¿Y de qué saca la cuenta?

VASIJA.—De las tonterías que hace, digo yo que será.

ROBUSTIANA.—Después de tóo, hay que com-

padecerle, porque en este mundo, quién más, quién menos, tóos estamos tocaos.

VASIJA.—Bueno, pero, ¡caray! es que este señor está más tocao que *El Soldao de Nápoles.*

ROBUSTIANA.—Y usté que habla tanto, ¿por qué está sirviendo á don Faustino?... Pues porque es el único amo que consiente que le sirva un criado con coleta. *(Por la que llevará Vasija.)*

VASIJA.—Es que si no me lo consintiera no le servía, porque el no cortarme yo este apéndice capilar es una promesa. Estos pelos, Robustiana, son el recuerdo de una injusticia que me hizo el público de Tetuán, conchavao con un miura.

ROBUSTIANA.—No; lo del miura creo que noí fué una injusticia.

VASIJA.—No, señora, que fué un boquete as de grande. Aquella tarde *nefausta* me retiré del toreo, pero me retiré jurando no seccionarme la coleta hasta que yo vea en el ruedo un matador que me supere en elegancia, clasicismo y rodilleo; y aún no lo he visto. *(Accionando lo que indica el diálogo.)*

ROBUSTIANA.—Porque se volverá usté de espaldas.

DON FAUSTINO.—Para mí..., para mí solo... *(Soñando.)* Una mujer joven, una mujer bella.

ROBUSTIANA.—Ya está otra vez con la manía. *(Pasa á la derecha.)*

VASIJA.—¡Chist!... ¡Calle ustél...

ROBUSTIANA.—No; yo creo que había que des-

pertarle, porque tengo que ir á la compra y quiero que me ajuste usté la cuenta de ayer y si no se va...

VASIJA.—Despertarle... Eso va á ser lo grave; pero, en fin, probaremos...

ROBUSTIANA.—Tenga usté cuidao, que ya sabe usté que don Faustino tiene muy mal genio.

VASIJA.—Como que se despierta corneando; pero voy preparao. *(Ha cogido un tapete de un velador.)* ¡Chist!... Don Faustino... *(Le zarandea un poco.)* Don Faustino...

DON FAUSTINO.—*(Se levanta como enloquecido.)* ¿Eh?...

VASIJA.—Don Faustino...

DON FAUSTINO.—¿Quién? ¿Quién me llama?...

VASIJA.—Soy yo.

DON FAUSTINO.—¡Imbécil!... *(Va á acometerle.)*

VASIJA.—¡Caray!... Pero don Faustino... *(Dándole un quiebro.)*

DON FAUSTINO.—¿Por qué me despiertas?... ¿Por qué?

VASIJA.—¡Don Faustino! *(Le da otro quiebro.)*

DON FAUSTINO.—¡Toma, granuja! *(Dándole un puntapié. Vase puerta izquierda.)*

VASIJA.—¿Lo ve usté?... *(Llevándose la mano á la parte dolorida.)* Puntazo en la región glútea. Cuando no le doy mucha salida me engancha. En fin, vamos á sacar la cuenta de la compra de ayer y le daré á usté dinero para la de hoy... ¡Maldito viejo!... ¡Si no pagara bien!...

ROBUSTIANA.—Aquí está el dietario... *(Se lo da.)* Apunte usté.

VASIJA.—Venga de ahí. *(Disponiéndose á escribir.)*

ROBUSTIANA.—Lechuga, treinta y cinco.

VASIJA.—Las señas son de que ha subío la ensalá.

ROBUSTIANA.—Ha subido. Tomates, setenta. Han subido. Lomo bajo, dos veinte; ha subido.

VASIJA.—¡Caray! Pues esto es una ladronera. Y le va usté á decir al carnicero que ó le baja á usté el lomo, ó no vuelve usté á la *carnecería* ¡Qué robo!...

ROBUSTIANA.—Pué que se figure usté que soy yo la que siso...

VASIJA.—Yo no me figuro nada, pero vamos...

ROBUSTIANA.—¡Miá que dudar de una mujer como yo! Parece mentira... ¡Atún!...

VASIJA.—Oiga usté, poco á poco...

ROBUSTIANA.—Dos cuarenta. ¡Besugo!...

VASIJA.—Señora, lo dice usté de un modo...

ROBUSTIANA.— ¡Gallina!... ¡Maldita sea!... ¡Creer que yo...! ¡Tres quince!... ¡Cerdo!...

VASIJA.—Bueno, no se ponga usté así... Después de tóo, ¿por qué nos vamos á pelear nosotros, vamos á ver?...

ROBUSTIANA.—¡Usté tié la culpa!...

VASIJA.—¿Por qué nos vamos á pelear, Robustiana, si aquí, pa *intrenós*, es usté más entretenida que una regata de balandros?

ROBUSTIANA.—Sí, mucha coba, pero siempre me está usté atosigando con las cuentas.

VASIJA.—*(Atrayéndola.)* Amos, venga usté pa acá. *(La abraza.)*

ROBUSTIANA.—No me abrace usté, que no me da la gana... que nos vea el amo...

VASIJA.—Robustiana, embebézcame usté con sus ojos.

ROBUSTIANA.—*(Queriendo desasirse.)* Amos, estése usté quieto y ajústeme usté la cuenta...

VASIJA.—Es que mirándola á usté, me entra una flojez, que ya no puedo ajustar nada...

ROBUSTIANA.—Amos, apunte usté...

VASIJA.—El corazón *me se* hace un puro fuego.

ROBUSTIANA.—Apunte...

VASIJA.—Fuego.

ROBUSTIANA.—Pan...

VASIJA.—¡Ya l'ha dao!...

ROBUSTIANA.—Pan, una diez.

VASIJA.—Anda, diez... ¿Y qué más? *(Muy meloso.)*

ROBUSTIANA.—¡Pichón!... *(Muy melosa.)*

VASIJA.—¿Qué?... digo, ¿cuánto?

ROBUSTIANA.—Una veinte.

VASIJA.—¡Anda, *veinte* más acá, rica! *(La atrae.)*

ROBUSTIANA.—¡Cordero!

VASIJA.—¡Ternera!

ROBUSTIANA.—¡Melón!

VASIJA.—¡Calabaza! *(Se abrazan francamente.)* ¡Qué rica!... ¡Ay!

ROBUSTIANA.—¡Qué simpático!... ¡Ay!...

ESCENA III

Dichos y el PORTERO. Mitad inferior, de uniforme de guardia. Mitad superior, de paisano. Aparece, puerta derecha, con un telegrama en la mano.

PRÓCULO.—¡Qué poca vergüenza... hay!

ROBUSTIANA.—¡Jesús!

VASIJA.—¡El portero!...

PRÓCULO.—¿Se puede pasar, aunque sea de espaldas?

VASIJA.—Y se puede usté volver, si quiere.

PRÓCULO.—¡Gracias! *(Entra.)*

VASIJA.—Yo decía á la portería.

PRÓCULO.—Subo, porque es que han traído, para don Faustino, un telegrama urgente, ayer por la mañana, y me apresuro á subirlo, antes que se me olvide, como anteayer.

ROBUSTIANA.—¡Qué memoria tiene usté, señor Próculo!

PRÓCULO.—Pos lo único que se m'ha olvidao es que era urgente, que era pa aquí y que lo tenía yo.

VASIJA.—Y gracias que se ha acordao que era de papel; si no, se lo come. Venga, hombre, vènga. *(Lo coge.)*

PRÓCULO.—Pues, quedar con Dios, y que la siga usté ajustando lo que pueda.

VASIJA.—Y usté que no lo vea. *(Vase el portero, derecha.)*

ESCENA IV

ROBUSTIANA, VASIJA y DON FAUSTINO.

VASIJA.—¡Don Faustino! ¡Don Faustino!

DON FAUSTINO.—¿Qué te ocurre? *(Saliendo.)*

VASIJA.—Un telegrama urgente, que han traído para usté...

DON FAUSTINO.—*(Con impaciencia.)* ¿Un telegrama? ¡Oh, el telegrama que esperaba! ¡Trae... á ver!... ¡A ver! *(Lo abre apresuradamente.)* ¡Sí, de Barcelona! ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Veamos!... *(Leyendo.)* "Faustino Pérez Mogón, Castellana, 96 moderno, hotel... Mañana, ante asombro sabios mundo entero, terminaré obra maravillosa mujer artificial. Véngase primer tren. Remita fondos.—Doctor Miró." ¡Oh, se realizó el prodigio!

VASIJA.—¿Pero qué dice usté?...

DON FAUSTINO.—¡Ay, Vasija, Vasija de mi alma! ¡Triunfó la Ciencia! ¡La maravilla realizada!... ¡Ay, que yo me pongo malo de la emoción!

ROBUSTIANA.—¿Pero qué le pasa á usté?

DON FAUSTINO.—¡Dadme agua, azahar, tila!...

ROBUSTIANA.—¡Si no hay tila ni azahar!...

DON FAUSTINO.—Bueno, pues dadme calzoncillos, calcetines, mi ropa... La maleta... ¡Pronto!

VASIJA.—¡Se ha vuelto loco!

ROBUSTIANA.—¿Pero qué le pasa á usté!

DON FAUSTINO.—¡Que me voy, que me marcho!...

ROBUSTIANA.—¿Pero dónde?

DON FAUSTINO.—Fuera, fuera de aquí...

ROBUSTIANA.—¿Pero dónde?

DON FAUSTINO.—¡A la cocina, que te vayas á la cocina!... Déjame solo con Vasija. Necesito estar solo con él. *(Vase Robustiana, puerta derecha.)*

VASIJA.—¡Anda, déjanos, mujer, déjanos! *(La echa.)* ¿Pero qué le pasa á usté, don Faustino?

DON FAUSTINO.—¡Ay, Vasija! Haz mi maleta y la tuya, que nos vamos.

VASIJA.—¿Pero dónde?

DON FAUSTINO.—¡A la felicidad, al placer, al amor!...

VASIJA.—¿Pero está usté loco, don Faustino?

DON FAUSTINO.—¡Loco, loco de alegría! ¡Sí!... ¡Ay, si tú supieras lo que quiere decir este telegrama!... "¡Terminada obra maravillosa, mujer artificial!"

VASIJA.—¿Pero, qué quiere decir?

DON FAUSTINO.— Cierra todas las puertas. *(Cierran las puertas.)* Escucha este misterio y asómbrate, espántate, petrifícate...

VASIJA.—¡Mi señora madre!... ¡Diga usté, que ya me tiene usté en vilo, don Faustino!...

DON FAUSTINÓ.—Tú sabes, Vasija, que yo tengo una fortuna de más de sesenta millones.

VASIJA.—¡Repeine! ¡No creía que era tanto!...

DON FAUSTINO.—La hice en América, después de una vida llena de aventuras. Fuí minero en la Patágonia, salitrero en Chile, estanciero en el Plata, ganadero en Méjico. Todas las empresas prosperaron y florecieron en mis manos. Pero yo... yo que vi siempre la fortuna rendida á mis plantas, en cambio no quise á una sola mujer, ¡á una sola, que me correspondiera lealmente, que me amase, que me fuese fiel! ¡Yo me he casado diez veces!

VASIJA.—¡La panocha!

DON FAUSTINO.—Pues con mis diez mujeres...

VASIJA.—¿Bacarrá?

DON FAUSTINO.—¿Bacarrá...? Amantes... ¡qué sé yo las que he tenido...! Pero todas falsas, desleales, interesadas. En fin, baste decirte que á mí me la han pegado en este mundo ciento veinticinco señoras. Las llevo sumadas...

VASIJA.—¡Vaya un saldo!...

DON FAUSTINO.—Yo las he dado gritos, yo las he amenazado, yo me he puesto letreros hasta en el alfiler de la corbata: «Cuidado conmigo.» Pues como si las hubiese cantado el *Pastora ha vuelto*. Al menor descuido se me desperdigaban

con mis conocidos. A mí me dijeron que en California todas las mujeres eran buenas: fuí á comprobarlo. ¡Mentira! Me dijeron que en Nuevitas todas eran bellas y leales... Me fuí á Nuevitas, tuve amores con tres... y eran guapas, sí, pero nada más...

VASIJA.—¿Lo de Nuevitas era otra ilusión?

DON FAUSTINO.—Otra ilusión, Vasija... Yo, poderoso y joven, no me resignaba á que el amor sólo tuviese para mí horas de traición; y harto de que el mundo no me concediera el cariño fiel de la mujer soñada, pensé en crearme yo una mujer, en construírmela yo... ¿No tenía millones? ¿No lo puede todo el oro?...

VASIJA.—Sí, pero eso...

DON FAUSTINO.—Viviendo bajo el peso de esta idea obsesionante, un día llegó á mis manos una revista científica, en la que leí que el célebre doctor Carrel estaba haciendo experiencias para producir, artificialmente, la célula humana. El tejido humano es un conjunto, un conglomerado de células. Pues entonces, deduje en consecuencia... ¡el que hace un poco de carne humana, puede hacer una gran cantidad, y quién sabe si moldearla, y quién sabe si darla vida!... ¡Y loco, poseído de este razonamiento avasallador, escribí á aquella revista médica, ofreciendo diez millones de pesetas al sabio que fuese capaz de construirme una mujer artificial!

VASIJA.—¡Santo Dios, qué locura!...

DON FAUSTINO.—¿Cómo locura? ¿De modo que tú no crees que artificialmente se puede hacer una señora?

VASIJA.—Ni un mozo de cordel, que es mucho más fácil...

DON FAUSTINO.—Pues estás en un error, querido Vasija. Apenas publiqué mi ofrecimiento, me escribió el doctor Miró y Castellfullit, de Barcelona, diciéndome que empezaba los estudios. Nos pusimos al habla. Le sugerí fórmulas; siguió con mi auxilio sus experimentos, y hoy... ya lo ves. Ya ves lo que dice aquí: que mañana tendrá en su laboratorio vivita y coleando á la mujer artificial.

VASIJA.—(¡Dios mío, este anciano está loco!)

DON FAUSTINO.—¡Oh poder de la ciencia!... Al fin voy á tener una mujer mía, una mujer á mi gusto, con los encantos que yo quiera, con el temperamento que yo quiera. Todo cuestión de fórmulas químicas, de cálculos, de recetas.

VASIJA.—¡Dios mío! Señoras como el bismuto; ¿será verdad?

DON FAUSTINO.—¿Pues no ha de serlo? ¿No has leído esto? Anda, Vasija, anda de prisa, haz la maleta. Vamos á Barcelona y te convencerás.

VASIJA.—¡Sí, vamos allá, vamos!... *(Empieza á hacer la maleta, y don Faustino á cambiar de ropa.)* Y digo yo una cosa, don Faustino: ¿le habrá salido á ese sabio una señora completa... con todos los accesorios, quiero decir?... *(Du-*

rante el diálogo que sigue entra por la izquierda y saca un cesto con bastante ropa blanca, que va metiendo en las maletas atropelladamente.)

DON FAUSTINO.—¡Toma! Como que le he mandado yo el diseño. Me la ha hecho con arreglo á este dibujo. *(Le enseña el dibujo de una Venus, que está en el cajón de la mesa.)*

VASIJA.—¡Mi madre! ¡Qué divinidad de plano! A ver, que yo me fije en la construcción. *(Lo mira con detenimiento.)* ¡Señores, qué planta baja, y qué entresuelo, y qué azotea!

DON FAUSTINO.—Pues me ha dicho el doctor Miró que todavía le ha salido más bonita.

VASIJA.—¿Más bonita? ¡Caray; pues dése usté prisa, no se nos vaya el exprés!

DON FAUSTÍNO.—Y si vieras la muestra que me ha mandado. *(Vasija mete la ropa en la maleta apresuradamente.)* ¡Una maravilla!

VASIJA.—¡Ah! ¿pero le ha mandao á usté una muestra?

DON FAUSTINO.—¡Un modelo de las piernas, fíjate! *(Le enseña una pierna, admirablemente hecha, con medias de seda, zapatos y liga.)*

VASIJA.—¡Remolla! *(Deja caer unos calcetines.)*

DON FAUSTINO.—¿Qué te pasa?

VASIJA.—*(Recogiéndolos del suelo.)* ¡Que *me se* caen los calcetines de admiración! ¡Qué pierna! ¡es pa andar á gatas, don Faustino!

DON FAUSTINO.—Pues cuando me mandó esto me dijo que iba ya por el muslo.

VASIJA.—¿Por el muslo? Pues corra ústé, don Faustino, no se nos vaya el rápido. *(Hace la maleta muy de prisa.)*

DON FAUSTINO.—¡Ya estoy, ya estoy!

VASIJA.—Y diga usté, don Faustino: ¿ese sabio podrá hacer muchas señoras de ese modelo?

DON FAUSTINO.—¡Todas las que le dé la gana!

VASIJA.—¡Caray! Oiga usté: ¿y á cómo me saldrá á mí la media docena?

DON FAUSTINO.—Cinco millones cada una...

VASIJA.—¡Rechufa! ¡No está á mi alcance!

DON FAUSTINO.—Déjate, haremos lo que con los trajes.

VASIJA.—Eso es, cuando usté se canse se los acabo yo de estropear.

DON FAUSTINO.—Bueno. Dame el saco de mano, el atamantas...

VASIJA.—Aquí está. *(Se lo da. Llamando.)* ¡Robustiana! ¡Robustiana!...

ESCENA V

Dichos, ROBUSTIANA.

ROBUSTIANA.—*(Saliendo.)* ¡Ah! ¿Pero se van ustedes?

DON FAUSTINO.—¡Nos vamos á Barcelona!

ROBUSTIANA.—Pero, ¿cómo tan precipitao?

VASIJA.—Pues ná, en una fábrica que nos es-

tán haciendo una señora y vamos á darle el último toque.

ROBUSTIANA.—¿Pero qué dices?... ¡Que les están haciendo una señora!... ¡Se ha vuelto loco también!...

VASIJA.—¡Si, loco, loco! ¡Mira, Robustiana; tú me gustabas bastante como mujer, pero he visto un modelo de última moda, que como me siente bien, yo no vuelvo hasta que *me se* rompa! ¡Fíjate!... *(Le enseña la pierna.)*

ROBUSTIANA.—¡Una pierna!

VASIJA.—¡Si el resto le sale igual al fabricante, os estoy viendo á muchas en un puesto de todo á sesenta y cinco!...

ROBUSTIANA.—¡Dios mío, qué desgracia! ¡Locos los dos! *(Gimoteando.)* ¡Locos, están locos!... ¡Señor Próculo!... ¡Vecinos!

FAUSTINO.—¡Pero cállate!...

VASIJA.—¡Pero no chilles!

ROBUSTIANA.—¡Locos, locos de atar!... ¡Que se han vuelto locos! ¡¡Socorro!!

ESCENA VI

Dichos, señor PRÓCULO, vecinas, vecinos, que se asoman á la puerta derecha. Procúrese que no salgan más que cuatro vecinos y tres vecinas.

PRÓCULO.—¿Qué sucede?

DON FAUSTINO.—¡Nada, señores, no sucede nada!... Que vamos á Barcelona á presenciar el

mayor prodigio que admiraron los siglos. A presenciar el advenimiento al mundo de la mujer artificial, creada por el sabio doctor Miró y Castellfullit. Que nos vamos á recoger una señora que me están haciendo. ¡Nada más!

PRÓCULO.—¿Pero es que se fabrican señoras?

VASIJA.—¿Que si se fabrican? ¡Como se pongan baratas, señor Próculo, le mando á usté en doble pequeña una jamona, que no va usté á saber dónde ponerse el casco!

DON FAUSTINO.—¡Vasija, mete la pierna en el saco, y á Barcelona! *(Vasija echa la pierna al aire, metiéndola luego en el saco.)*

ROBUSTIANA.—¡Jesús! ¡Se van echando las piernas por alto!...

PRÓCULO.—*(Abrazando á las vecinas guapas.)* ¿Que se fabrican cosas como ésta? ¿Y como ésta? ¡Imposible! ¡¡Imposible!!

FRASQUITO.—¡Viva la "Mujer Artificial"! *(Vase izquierda seguido de Faustino.)*

TELÓN DE CUADRO

MÚSICA.—MUTACIÓN

CUADRO II

DECORACIÓN: Laboratorio del doctor Miró. Puerta en primer término derecha y dos en izquierda. Hay por la escena mesas pequeñas con tubos de ensayo, alambiques y marmitas. En las paredes, estantes con frascosde ácidos de diversos colores. Pizarras con cálculos, etc. etc. En segundo término derecha, armario con anaquelería en la parte superior y cajón en la inferior, donde está metido el sombrero mágico. Al fondo del laboratorio se verá, sólidamente construído, un gran horno eléctrico, con su dínamo correspondiente á un lado; sobre él, una enorme redoma de cristal, que aparece mediada de substancias densas y coloreadas que han de agitarse. El horno arde con una intensa luz roja. Al lado hay dos gradillas con escalones suficientes que permitan asomarse con facilidad o lo redoma. Luz proporcionada.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece el doctor Miró, en lo alto de la gradilla, con una enorme espátula en la mano y agitando el líquido de la redoma. A sus pies y mirándole, emocionados, sus ayudantes los doctores Vivales, Ceporro y Antúnez. Todos llevan blusas de laboratorio. Miró habla con marcado acento catalán.

MIRÓ.—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Oh! ¡Qué emoción tengo!...

VIVALES.—¿Qué ve usté, maestro? ¿Qué ve usté?

CEPORRO.—¿Ve usté algo, maestro?

MIRÓ.—Sí, sí... Ya veo... ya veo allá en el fondo...

ANTÚNEZ.—¿Qué ve usté?

MIRÓ.—¡Miren cómo tiemblo!... ¡Estoy sobrecogido ante esta maravilla que estamos creando!

VIVALES.—¿Pero se adivina acaso?

MIRÓ.—¡Sí, allá en el fondo de la redoma veo cuajarse las nucleínas y unirse las sustancias adherentes, formando los conglomerados albuminoideos que yo esperaba; sí, que yo esperaba!

LOS TRES DOCTORES.—¡Bravo! ¡Bravo!

MIRÓ.—¡Silencio! ¡Y también veo que más á la mano izquierda se dibuja, de un modo todavía impreciso, el busto divino de una mujer escultural!

VIVALES.— ¡Oh!... Pues si está ya el busto *(Dándole una pequeña redoma.)*, ahora es cuando se debe adherir la globulina.

MRÓ.—Sí. Tienes razón; venga una redoma.

VIVALES.—Una. *(Se la da. Miró la arroja.)* Otra... *(Se la da.)*

MIRÓ.—¡Ay, sí, que son dos; no me acordaba! Y tú, Antúnez, dame el biparaformato de carmín para que se vayan redondeando y coloreando los tejidos al cuajarse.

ANTÚNEZ.—Tome usted.

MIRÓ.—¡Oh, qué presioso matís! ¡Pero aho-

ra, yo lo que necesito es irle dando á las formas de esta mujer en construcsión sierta grasia, toda la grasia posible! ¿Qué echaría yo para la grasia?... ¡Ah, dame el oleato de bromita! *(Le da un mortero y lo vuelca dentro.)* ¡Vaya grasia! ¡Oh, cómo se incorporan los núcleos! Ceporro, aumenta el horno en cinco mil calorías. *(Ceporro da á una manecilla y la luz roja aumenta.)* ¡Mira, Vivales, mírate que prodigiosa escultura se está formando! ¡Súbete y mírate!

VIVALES.—*(Sube á la gradilla, se asoma y queda exageradamente asombrado.)* ¡Oh! ¡¡Señores, qué maravilla!! ¡¡Qué portento!! ¡Ay, qué rica va á salir!

MIRÓ.—¡Oh, no, no me ha fallado mi reseta! *(Baja también.)* ¡No!

LOS TRES DOCTORES.—¡Bravo, maestro, bravo! *(Se abrazan, entusiasmados.)*

VIVALES.—¡Gloria al doctor Miró, creador de la maravilla de las maravillas!

MIRÓ.—¡Oh, mira, por Dios, querido Vivales; grasias, hombre, muchas grasias! Pero no me meresco tanto. Ahora, que yo no desconosco que mi descubrimiento produsirá una verdadera revolusión mundial y sensasional.

VIVALES.—¡Fabricar mujeres! ¡Ahí es nada! Hay que fijarse en la trascendencia del descubrimiento.

CEPORRO.—¡Enorme!

MIRÓ.—Porque si este ensayo me sale bien,

con mi reseta cada individuo se puede haser una señora á su gusto, del tamaño y la eburneidad que le convenga.

VIVALES.—¿Qué cosa más cómoda, eh?

MIRÓ.—Y además se dará un paso gigantesco hasia la moral.

VIVALES.—¿También hacia la moral?

MIRÓ.—Claro, hombre; porque como las mujeres serán reformables, pues cuando te canses de la propia te la reformas y te hases cuenta que has cambiado. Y no como ahora, que al menor sustitutivo todos son disgustos. ¿Que la tienes morena y la quieres rubia? Pues la pones una inyecsión de paramicromato de rubialina y te queda como el oro. ¿Que es rubia y la quieres morena? Pues el sianomanganuro de trianina, que se coge en Sevilla, y si le adisionas una batata de Málaga, pues hasta te sale morena y hablándo el andalús.

ANTÚNEZ.—¡Qué portento!

CEPORRO.—¡Qué asombro!

VIVALES.—¡Todo previsto!... Y dime, maestro: ¿tú confías en que esta escultura que estás creando tendrá movimiento, autodinamismo, vida anímica?

MIRÓ.—Pues claro, hombre; ¿qué haser?

VIVALES.—Pero ¿cómo le infundirás el soplo de la vida? ¿Cómo?

MIRÓ.—*(Encorvándose, aterrado.)* ¡Oh, silensio, silensio!

LOS TRES DOCTORES.—¿Qué te ocurre?

MIRÓ.—¡Oh, no intentéis descubrir este profundo misterio! Yo sólo puedo deciros que arrojando á la redoma las perlas mágicas de este frasco, la mujer artifisial tendrá vida!

VIVALES.—¿Pero esas perlas...?

MIRÓ.—¡Silensio! Algo sobrenatural que no puedo revelaros flota en torno de este frasco; ¡mirad! *(Unos pequeños globitos se iluminan dentro del frasco, tomando cada uno un color: verde, rojo, azul.)*

LOS TRES.—*(Aterrados.)* ¡¡Oh!!

MIRÓ.—¡Silensio!

VIVALES.—Quizá el satanismo...

CEPORRO.—Tal vez una ciencia maléfica...

MIRÓ.—¡Silensio! ¡Silensio!...

ESCENA II

Dichos y UN CRIADO por la izquierda primera.

CRIADO.—Doctor.

MIRÓ.—¿Qué vols?

CRIADO.—El señor don Faustino Pérez Mogón y el seu criat Frasquito Vasija, que acaban de arribá de Madrit en el rápido y desixeu parlar en vosté.

MIRÓ.—¡Oh, don Faustino! Diguili que paseu al gabinet que vaig darrere. *(Vase el criado.)*

¡Oh! El señor Pérez Mogón, mi sosio capitalista, el propietario de la mujer artificial. Estará loco de impasiensia. Vamos á resibirle... *(Vanse Miró y Antúnez, izquierda primera.)*

ESCENA III

VIVALES y CEPORRO.

CEPORRO.—¿Tú no vas, querido Vivales?

VIVALES.—No voy, estimado Ceporro. *(Se sienta preocupado en una silla.)*

CEPORRO.—Pero, ¿qué te ocurre? Hace algunos días que te noto pálido, exangüe, como sometido á un régimen dietético. Me rueda por la bóveda craneana que algún secreto perturba tu ecuanimidad psíquica.

VIVALES.—¡Oh, perspicaz Ceporro! ¿Quieres que te diga sin circunvoluciones ideológicas lo que me acaece?

CEPORRO.—Expándete.

VIVALES.—Voy á abrirte mi jaula torácica. Franquéame el tímpano.

CEPORRO.—Concreciona.

VIVALES.—Pues has de saber, Ceporro, que estoy enamorado, locamente enamorado.

CEPORRO.—¿Tú? ¿De quién?

VIVALES.—Vas á aterrarte... á creerme loco;

pero no importa... ¡Pues estoy ardientemente, furiosamente enamorado de la mujer que se está cociendo en esa redoma!

CEPORRO.—¡¡Vivales!!

VIVALES.—Ya sé que es una locura.

CEPORRO.—Más que una locura... ¡Enamorarse de lo increado, de lo que aún no tiene forma ni realidad!

VIVALES.—Sí, Ceporro, sí...; lo comprendo... Pero como la mujer que estamos creando salga ampliada convenientemente á un tamaño abarcable... *(Acción de abrazar.)* Yo me la llevo, yo la robo... ¡porque yo la amo!...

CEPORRO.—¡Qué insensatez!

VIVALES.—No es insensatez... *(Cogiendo el plano.)* ¿Tú te has fijado en este diseño?

CEPORRO.—¡Que si me he fijado! Como que hay días que lo miro, se me nubla la vista y el alambique se me escapa de entre las manos.

VIVALES.—Pero no es eso solo... Sube. *(Suben las gradillas.)* Mira qué prodigio. ¡Observa aquello, Ceporro!

CEPORRO.—¡Reglúteo! ¡Qué carne se está cuajando!

VIVALES.—Son nardos y jazmines. ¡Fíjate en aquel brazo!

CEPORRO.—¡Oh, qué brazo!... ¡Qué maravilla!

VIVALES.—¡Tú figúrate cuando ese fragmento unido á la totalidad te circunvolucione llamándote chacho!

CEPORRO.—¡La aponeurosis! *(Bajan.)* Verdaderamente me voy explicando tu pasión, Vivales.

VIVALES.—Además, tú no no sabes lo que es llevarse una mujer recién sacada del horno, tiernecita, acabada de hacer.

CEPORRO.—Sin embargo, esa mujer increada tiene ya un propietario, no lo olvides.

VIVALES.—No importa; la belleza no puede tener amo; es para la juventud. Esa mujer será mía. La robaré. ¡Te lo juro!

CEPORRO.—Llegan.

VIVALES.—Silencio. *(Machacan los dos en los morteros, formando un grupo en último término derecha.)*

ESCENA IV

DOCTOR MIRÓ, DON FAUSTINO y VASIJA, primera izquierda.

MIRÓ.—Pasen, señores, pasen sin miedo.

DON FAUSTINO.—¡Ah, doctor! ¡Con qué emoción penetro en esta estancia! Esto me parece así como el fecundo seno creador de la ciencia. ¡Descúbrete, Vasija!

VASIJA.—*(Se quita el sombrero. Entra de puntillas, como asustado. Mira á todas partes.)* ¿Es en ese puchero donde se nos está haciendo la señora?

MIRÓ.—Ahí es, mi servicial y simpático Fresquito.

VASIJA.—Fras, Fras...

MIRÓ.—Es que como un servidor tiene el asento catalán, ¿sabe?

VASIJA.—Ya, ya; pero, vamos, es que hay mucha diferencia de Fres á Fras...

DON FAUSTINO.—¡Ah, doctor! ¿De modo que nada falló de la receta?

MIRÓ.—Absolutamente nada, don Faustino. Yo, seguro de que la substancia humana tiene su base esencial en la albúmina y las nucleínas, para que la mujer me saliese completa traté de llegar á una reacsión química, ¿sabe?, en que preponderase la influensia de los compuestos binarios-amoníaco-isatínicos sobre los metamargaratos biboratados.

DON FAUSTINO.—Y para que los tejidos salgan más consistentes, ¿no hubiese sido mejor precipitar el cianomanganuro de amileno, disuelto en ácido piromecónico sesquicianurado? *(Miró duda.)*

VASIJA.—¡Dios mío, cuántas cosas tiene una mujer! ¡Así salen ellas de enredadoras!

MIRÓ.—No sé, no sé qué desirle; pero lo que sí puedo asegurarle es que dentro de unos minutos saldrá de esa redoma, destinada para usté, la más hermosa joven que puede consebir la imaginasión humana.

DON FAUSTINO.—¡Ah, doctor! ¡ah, maravilloso

doctor, cómo deseo ese instante! Y dígame, físicamente ya comprendo que esa mujer será un prodigio. ¿Pero qué ha pensado usted para imbuirle las cualidades de carácter? Ardo en curiosidad.

MIRÓ.—¡Ah, hombre, pues muy sencillo! Está todo previsto. Cada cualidat de carácter, ¿sabe? dependerá de una simple inyecsión con sustansias hábilmente combinadas. ¿Que la quiere ustet habladora? pues se la inyecta el charlatonato de bucalina. ¿Que la quiere ustet callada? pues el silensianuro de sosa. ¿Que le sale muy gastadora? economato de usurerina. ¿Que, por el contrario, es muy agarrada? pues se la inocula el despilfarraniato de parneina. ¡Es muy fásil!

DON FAUSTINO.—¿Oyes esto, Vasija?

VASIJA.—¡Este tío es un asombro!

DON FAUSTINO.—Y diga usté: ¿cómo se me conservaría muchos años?

VASIJA.—Pues con naftalina. Es lo que da mejor resultao, ¿verdá?

MIRÓ.—¡Oh! muy bien; ¿sabe química?

VASIJA.—No, señor; pero tengo un vecino que es droguero.

DON FAUSTINO.—Y qué la daremos para que sea alegre?

MIRÓ.—¡Saragatona, hombre!

DON FAUSTINO.—¿Y si por el exceso de alegría se me extralimitara, y me...?

MIRÓ.—Entonses le aplica ustet el asotato de nalgalina. ¡Es infalible!

VASIJA.—Este tío está en todo.

DON FAUSTINO.—Pues la azotataremos, la azotataremos. *(Suena un timbre.)*

MIRÓ. —*(Gran asombro.)* ¡Ah! ¡Por fin!

DON FAUSTINO.—¿Qué pasa?

MIRÓ.—¡El horno! ¡El horno que avisa que la mujer está ya terminada! *(Empieza á salir humo de la redoma.)*

DON FAUSTINO.—¡Oh, doctor, es verdad!

VASIJA.—Dios mío, ¿será posible? *(Entran Antúnez, Vivales y Ceporro.)*

LOS TRES.—*(Con emoción.)* ¡El timbre, maestro, el timbre!

MIRÓ.—Ya está terminada la obra. Avisat á los sabios, á los invitados. Que venga todo el mundo á presenciar la maravilla. ¡La mujer artificial va á darse á luz!

DON FAUSTINO.—¡Oh, con qué ansia la espero! ¡Ven, ven, mujer soñada!

MÚSICA

ESCENA V

Aparecen por la primera izquierda, invitadas invitados, sabias y sabios

TODOS.—Vamos á ver el gran prodigio
que un sabio ilustre realizó;
con los misterios de su ciencia
nos va á asombrar el gran Miró.
(Sigue la música.)

VIVALES.—¡Viva el doctor Miró!

TODOS.—¡Viva!

MIRÓ.—*(Sube á la escalerilla del crisol y examina con mucho interés cómo se va formando la mujer. Del crisol sale una gran cantidad de vapor.)*

VASIJA.—¡Cuánto humo! En cuanto salga, habrá que ponerla á enfriar.

MIRÓ.—Dame las perlas vitales. ¡Oh, momento solemne!

VIVALES.—¡Toma, maestro! *(Le da el frasco.)*

MIRÓ.—¡Primero la verde! *(La echa. De la redoma sale luz verde. Se cambia la luz del escenario.)* ¡Ahora la roja! *(La echa. Sale luz roja.)* ¡Y en cuanto eche la azul, la mujer aparecerá!

TODOS.—¡Pronto! ¡Pronto!

MIRÓ.—¡Sal, mujer elaborada por mi ciencia, sal al mundo! ¡Ven á la vida! *(Echa la perla última y se ilumina la redoma y el escenario con un gran resplandor azul. Se van disipando los vapores de la vasija y empieza á dibujarse la figura de una mujer. Por fin, aparece Fabricia, entre las exclamaciones de asombro de los circunstantes. Al aparecer la mujer con la luz azul del escenario se da el reflector blanco. Al terminar la música desaparece el reflector y la luz verde, quedando la escena con la luz que había al empezar el cuadro.)*

TODOS.—¡Oh! ¡Qué belleza! ¡Qué portento!

MIRÓ.—Recibe el nombre simbólico de Fa-

bricia, con el que quiero que las gentes te reconoscan.

DON FAUSTINO.—Salve, divina Fabricia; tu propietario te saluda.

(Fabricia, que baja de la mano del Doctor y pasa ante los circunstantes, mira á don Faustino con desprecio, sonríe á Vivales con simpatía y sorprendida le mueve la coleta á Vasija, que se arrodilla embobado á su paso.)

DON FAUSTINO.—(Parece que no le he hecho gracia.)

VIVALES.—(Para mí, para mí su primera sonrisa.)

VASIJA.—¡Lo que más le ha chocao! *(Se agita con entusiasmo la coleta.)* Pero diga usté: todo esto de aquí ¿también está hecho con receta?

MIRÓ.—Todo.

VASIJA.—¿Ha echao usted bicarbonato?

MIRÓ.—Yo, no.

VASIJA.—¡Pues quita el hipo! ¡Qué divina! Hay que ver cómo le ha salido esto de aquí... ¡Qué hermosura!

VIVALES.—Pues, ¿y lo de allí? ¿y esto? ¿y eso?

VASIJA.—Y lo otro... ¿Se ha fijao usté en...?

MIRÓ.—Oiga, haga el favor. ¡No manosee, que deslustra!

VIVALES.—¡Viva la sublime Fabricia!

MIRÓ.—¿Qué? ¿Qué le parese la noya, don Faustino?

DON FAUSTINO.—¡Una preciosidad!

MIRÓ.—Y no es que haya yo empleado buen material en las vistas nada más, no, señor. Lo de dentro también es lo mismo.

VIVALES.—¡Es un regalo de los dioses! (¡Ay! ¡Que me ha vuelto á sonreir!)

MIRÓ.—Y ahora, silencio, señores, que vamos á inyectarle el don divino de la palabra.

TODOS.—¡Va á hablar! ¡Va á hablar!

MIRÓ.—Esto tiene que ser á gusto del propietario. Usted dirá si la quiere muy callada, muy habladora, en fin, como la quiera.

DON FAUSTINO.—Bueno, ya lo diré.

MIRÓ.—Vivales, tráete el inyector y el charlatonato.

VIVALES.—Aquí están. *(Lo acerca.)*

MIRÓ.—*(Disponiéndose á ponerle una inyección.)*—Empiezo. Pregúntele lo que quiera y lo iremos graduando.

DON FAUSTINO.—Oye, Fabricia, ¿te encuentras bien entre nosotros?

FABRICIA.—*(Muy lento y como silabeando.)* Yo, no, sé, si, entre, o...

DON FAUSTINO.—¡Un poco más, un poco más!

FABRICIA.—Yo no sé... si entre o...tras personas me encontra...ría... mejor...

DON FAUSTINO.—Más, mucho más.

FABRICIA.—*(Muy de prisa.)* Yo no sé si entre otras personas me encontraría mejor ó peor, pero, vamos, son ustedes al parecer tan simpáti-

cos y amables, que á menos que una servidora fuera una ingrata, cosa que no lo soy, ni muchísimo menos, pues dicho se está que...

DON FAUSTINO.—Menos, menos, menos...

FARICIA.—¡Dicho está que la amabilidad de ustedes y la grata ilusión de mi juventud, me promete una vida amable, llena de dulces encantos!

VIVALES.—¡Preciosa! ¡Preciosa!

DON FAUSTINO.—El punto.

TODOS.—¡Es el punto! ¡Es el punto!

MIRÓ.—Y ahora, Fabricia, tómate esta perla de bisulfato de pentagramita y que veamos cómo estás de grasia y de alegría. Canta. Baila.

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

MÚSICA

FABRICIA. Tra, la, la... Tra, la, la...
Tra, la, la... Tra, la, la...
Tra, la, la... Tra, la, la...
Del misterio surgí...
Nada soy, nada sé...
Todo es nuevo para mí,
pero todo cuanto vi
creo yo que poco á poco
lo aprenderé.
Me asustó el despertar,
y la luz me cegó...

Pero el mundo que veo
me empezó á interesar.
Creo yo... creo yo
que me va á gustar.

TODOS. ¿Qué sentiste, niña hermosa?

FABRICIA. Sentí temor...
Sentí después placer,
y, al fin mujer,
¡sentí rubor!...

TODOS. ¡Criatura deliciosa!...

FABRICIA. Decid, hablad, ¿qué es el amor?
¿qué es este afán de libertad
y de placer que me invadió?

SEÑORAS. ¡Qué inocencia!

CABALLEROS. ¡Qué candor!

TODOS. Por ella sería
maestro profundo,
y la enseñaría
cuanto hay en el mundo.
Asombrada quedó,
por las cosas que ve...
pero dentro de poco
sabe más que yo sé.

FABRICIA. Del misterio surgí...
Nada soy, nada sé...
Todo es nuevo para mí;
Pero todo cuanto vi
creo yo que poco á poco
lo aprenderé.

FABRICIA. Óiganme y les diré
lo que yo pensé.
Yo pienso que mis ojos
serán para mirar...
Yo pienso que mis piernas
se han hecho para andar;
y pienso que mi boca

será para besar;
y pienso que mis brazos
serán para abrazar;
pero hay cosas que tengo...
Y me pregunto yo...
¿De qué podrán servirme?...
¡Ninguno me enseñó!...
Y aquí empiezan mis dudas,
y aquí empieza mi afán...
¿Las cosas que yo tengo,
para qué servirán?

ELLOS. ¿Para qué? ¿Para qué?
¡Si ahora no lo sabes
ya lo aprenderás!...

VASIJA. ¡Todas las mujeres
nacen enseñás!...

FABRICIA. Yo pienso que en el mundo,
el hombre y la mujer,
tendrán mil diferencias
que tengo que aprender.
Acaso estriba en ellas
mi extraña transición.
Yo noto diferencias
que causan confusión...
Hay quien me gusta menos...
Hay quien me gusta más...
Y aquí empiezan mis dudas
y mi preocupación.
¿Por qué cuando me miran
sentiré esta emoción?

ELLOS. ¿Que por qué? ¿Que por qué?
No te martirice
la preocupación.
VASIJA. ¡Vaya unas chiquillas
que hace este Miró!
FABRICIA. El mundo ha despertado
mis ansias de saber.
Enséñenmelo todo,
que yo quiero aprender.
TODOS. Nació coqueta...
¡Al fin mujer!
FABRICIA. Esto es, esto es
lo que yo pensé.
TODOS. ¡¡Qué mujer!! *(Baile.)*

Al terminar el número vanse Fabricia, Vivales, Don Faustino, Doctor Miró, Ceporro, Antúnez y la mitad de las figuras que hay en escena por primera izquierda y el resto por la derecha, todos marcando pasos de baile.

ESCENA VI

VASIJA y PELMIDIA (á su tiempo).

VASIJA.—*(En el colmo del entusiasmo.)* ¡Mi madre, qué estupendez de señora! ¡Vaya un catalancito fabricando monadas! ¡Bueno, yo me he puesto para que me den un calmante! ¡Y á mí me

hacen una mujer como ésa, aunque tenga que vender la camisa!... ¡Y pensar que esa preciosidad está hecha con una simple receta, y que esa receta está aquí... en ese cuaderno, y que... *(Da un salto y pone cara de asombro. Hace gestos de admiración primero, de frenética alegría después.)* ¡Ay, mi tía!... ¡Ay, si yo tuviera agallas!... Aquí está la receta... Allí están las marmitas, el horno encendido... ¡Ay, que si yo tuviera valor me hacía una mujer!... ¿Y por qué no? ¡Yo sé de letras, sé de números, y he sido confitero, de modo que puede que diera con la pasta! ¿Quién dijo miedo? ¿Habrá quedao bastante sustancia para una señora, aunque yo he visto algunas señoras con muy poca sustancia, de modo que...? En fin, yo pruebo; por probar, nada se pierde. *(Leyendo el cuaderno.)* "Manera y forma de hacer un guardia..." No es esto. Marmita A.—Echese la primera. *(Mira á todos lados después de coger la marmita.)* ¿No me verán? ¡Yo la echo! *(La echa sale gran humareda.)* ¡Resulfato! ¡Qué tufarada! ¡El horno está al pelo! "Añádase nucleína de la C. y la T. Agita C. y mueve T." ¿Muévete? ¡Allá voy! *(Va haciendo lo indicado y lo echa luego en la redoma.)* ¡Dios mío! ¿Qué saldrá de aquí? "¡Añádase oleato de bromita!" ¿Bromita? Echaré poco de esto, no *me se* vaya á la Bombilla en cuanto salga. "Muévase dulcemente." ¡Ay, si me sale... si me sale!... *(Coge la espátula y lo remueve todo.)* ¡Ay! Vasija, que se te empieza á formar una señora.¡ Ay!

Que me está saliendo de primera. ¡Ay, que ya la tengo medio cocida! Debe estar riquísima. ¡Yo la pruebo!... *(Mete el dedo y se lo chupa.)* No. ¡Todavía está un poco sosa! *(Espolvorea como si echara sal.)* ¡Ay, qué superior me va á salir! *(Suena un timbre.)* El timbre. ¡Ya va á salir!... ¡Ya está hecha! ¡Estoy temblando de alegría!... ¡Prodigio de mis manos... preséntate! *(Baja la redoma, como con Fabricia, y queda sobre el pedestal una señora gorda, peluda, mal formada, con una cara horrible. Un verdadero estafermo.)* ¡¡Mi madre!! *(Cae en una silla mudo de espanto.)* ¡Dios mío! ¿pero he hecho yo eso? ¡Yo creía que me estaba haciendo una mujer y me ha salido un kanguro! ¡Me debo haber equivocado... por fuerza! *(Mira angustiado las marmitas.)* Claro. ¡Dios mío, aquí está el error: que en vez de coger la belladona he cogido la estafermina! ¡Bueno, yo deshago este mamarracho! *(La mujer baja del pedestal llorosa y solícita.)*

MUJER.—¡No, no por Dios!

VASIJA.—¿Cómo que no? ¡A la caldera ahora mismo! Voy á ver lo que dice aquí pa deshacer fenómenos. *(Coge el libro y lee.)*

MUJER.—¡Tenme compasión, cielo mío!

VASIJA.—"Suprime H. Disgrega S. Quita T..."

MUJER.—¡No me deshagas, encanto!

VASIJA.—¡Quítate, ó te doy con el tarro!

MUJER.—Soy tu obra divina... ¡Torerín mío!

VASIJA.—¿Cómo torerín? ¿Qué confianzas

son esas? ¡A la caldera ahora mismo! ¡Hale!

MUJER.—¡¡Es que te amo con locura, con frenesí!!...

MÚSICA

PELMIDIA. Tú verás cuando me vista (1)
con las modas de New York,
cómo no hay quien me resista.
VASIJA. No hay ninguno, no, señor.
PELMIDIA. Tú verás cuando use á diario
Peca-cura y Loción Pil,
si es mi tipo extraordinario.
VASIJA. Vete, vete; vete ya, guardia civil.
PELMIDIA. ¿Es posible que no quieras?
presumir con tu mujer...
VASIJA. Yo te llevo á las afueras,
donde nadie te ha de ver.
PELMIDIA. No me lleves por el Prado...
VASIJA. Tú te quiés burlar de mí.
Si te llevo yo á mi lado
me dirá la gente así:
¡Frasquito! ¡Frasquito!
Tú estás loco, según veo.
¡A una mujer así no se pasea!
Pa mí que te ha tocao en un sorteo.
¡Frasquito!

(1) Desde la quinta representación se cantó este número, una sola letra.

No la lleves por sitios
donde alguno te la vea.
Si no lo haces así,
la gente te dirá:
¡Frasquito!
¿Dónde vas con esa fea?

PELMIDIA. Tú verás, torero ingrato,
cómo tengo sucesión;
y si el niño es mi retrato...

VASIJA. Le da un susto al comadrón.

PELMIDIA. Tú verás, si el niño crece,
cómo le querrás por fin,
y de fijo te parece

VASIJA. Un cerdito. Un cerdito de Botín.

PELMIDIA. ¿Soy yo fea como un coco...?
¿Qué me encuentras, vamos, dí?

VASIJA. Que es tu cara un diplococo
ú bacilus de la *grippe*.

PELMIDIA. Yo quiero ir contigo al Palas.

VASIJA. Mira que al verte te creerán
un murciélago sin alas,
y los golfos me dirán:
¡Frasquito! ¡Frasquito!
Tú estás loco, según veo.
¡A una mujer así no se pasea!
Pa mí que te ha tocao en un sorteo.
¡Frasquito!
No la lleves por sitios
donde alguno te la vea.
Si no lo haces así,

la gente te dirá:
¡Frasquito!
¿Dónde vas con esa fea?
(Hacen mutis con el número de música, por la izquierda.)

ESCENA VII

FABRICIA, VIVALES, por la primera izquierda.

VIVALES.—¡Divina, colosal, estupenda!...

FABRICIA.—¡Por Dios, joven; gracias, muchas gracias! ¿Dicen que estoy admirablemente manufacturada? ¿Es cierto?

VIVALES.—¡Un verdadero prodigio! ¡Y vestida de sociedad, qué encanto!

FABRICIA.—¿Es usted el que me ha hecho?

VIVALES.—No, señorita; yo he ayudado solamente.

FABRICIA.—¿Pero no me ha hecho usted nada?

VIVALES.—¡Casi nada, muy poquito; la he retocao algo! ¡Esas curvas las puedo yo firmar! ¡Y esa orejita es cosa mía! *(Con emoción.)* Y, además, y por eso he querido traerla á usted aquí. ¡Yo, Fabricia, yo la amo á usted con locura!

FABRICIA.—¿Cómo? *(Extrañada.)*

VIVALES.—Yo siento por usted un amor...

FABRICIA.—¿Amor? ¿Y qué es eso?

VIVALES.—Pues eso es... (¡Caramba! ¿Cómo

se lo explicaría yo en pocas palabras?) Pues eso es una cosa que... en fin, ahora mismo vendrán á inyectarle á usted la amorosina. Entonces sabrá usted lo que es amor, y cuando usted lo sepa, yo sólo ruego que se acuerde de mí!

FABRICIA.—Me acordaré.

VIVALES.—¡Oh! ¿Me da usted su palabra?

FABRICIA.—Se lo prometo... *(Se dan la mano.)*

VIVALES.—¡Gracias, Fabricia, muchas gracias! Habrá usted visto que entre ese viejo que la ha mandado á usted hacer y yo hay una diferencia.

FABRICIA.—Sí, sí... ese señor es muy feo. ¿Lo ha hecho usted?

VIVALES.—¡Señorita, por Dios! ¿Usted se figura que yo tengo fábrica de foxterrieres? ¡Ese anciano está hecho en casa y por una costurera!

FABRICIA.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! *(Se marcha riendo, primera derecha.)*

VIVALES.—¡Qué risa tan argentina! ¡Qué bien la ha sentado la zaragatona! ¡Calle! El maestro y don Faustino se acercan: me ocultaré; quiero conocer sus planes. *(Se oculta segunda izquierda).*

ESCENA VIII

DON FAUSTINO, DOCTOR MIRÓ, por primera izquierda.

MIRÓ.—¿De forma que estará usted contento, don Faustino?

DON FAUSTINO.—¡Satisfechísimo! Loco de alegría, querido doctor. Me ha hecho usted una

mujer, que como siga usted así se las van á quitar de las manos. Pero ahora vamos á hablar de lo más importante. Del amor...

MIRÓ.—¡Ah! Respecto á eso, en cuanto le inoculemos la amorosina, yo le aseguro á ustet.

DON FAUSTINO.—No, no... Permítame usted... que antes de tratar de ese asunto le ponga en antecedentes.

MIRÓ.—Digui, digui...

DON FAUSTINO.—A usted le consta, amigo Miró, que yo he mandado hacer una señora para que me quiera á mí solo, fíjese bien, ¡á mí solo!; y como estoy convencido que en cuanto yo coja esa tontería que usted me ha hecho, y le dé dos vueltas por la Castellana, y la vean los socios de la Peña ó del Nuevo Club, me la van á soliviantar, ó me la van á sustraer, ó me la van á enajenar, pues no me da la gana...

MIRÓ.—¿Y cómo lo evitamos?

DON FAUSTINO.—A eso voy. Dígame usted francamente.¿Si la aplicamos la amorosina me amará á mí solo?

MIRÓ.—No, señor, no quiero engañarle. La amorosina infiltra el amor, pero no la fidelidat... Y ustet, por lo visto, lo que quiere es que Fabricia le sea fiel, ¿no?

DON FAUSTINO.—Que pueda yo dormir tranquilo, aunque exhumen á Don Juan Tenorio.

MIRÓ.—Basta. Pues eso sólo podemos conseguirlo con una cosa...

DON FAUSTINO.—¿Con cuál?...

MIRÓ.—Con una carta de recomendación que yo le daré... *(Con misterio.)* para...

DON FAUSTINO.—¿Para quién? *(Con extrañeza.)*

MIRÓ.—*(Arrimándole la boca al oído.)* Para... no se asuste ustet... para el demonio...

DON FAUSTINO.—*(Aterrado.)* ¡Santo Dios!

VIVALES.—*(Aparte.)* ¡¡Horror!!

DON FAUSTINO.—¿Para el demonio?...

MIRÓ.—Para el demonio, sí... ¡Quiero que lo sepa todo! Un servidor...

DON FAUSTINO.—¿Qué?

MIRÓ.—Soy su corresponsal en Barcelona.

DON FAUSTINO.—¡Usted! *(Retrocede.)*

VIVALES.—*(Aparte.)* ¿Qué dice?

MIRÓ.—¡Silencio! *(Le atrae de la mano.)* Para que una mujer sea fiel, hay que pincharla con la flecha de la fidelidat. Esta flecha, que en el mundo la tenía Cupido, el demonio se la robó del carcaj, porque la tal flechita le estaba restando al Infierno mucha parroquia femenina... y el demonio la conserva.

DON FAUSTINO.—¡Y tengo que ir al Infierno! ¿Yo al Infierno?

MIRÓ.—No hay otra solución. ¡Pero no se asuste, caramba! El Infierno ya no es lo que era.

DON FAUSTINO.—¿Qué dice usted?

MIRÓ.—Ustet se me piensa lo menos que aquello está como antiguamente, lleno de fuegos

y llamas y parrillas y negros demonios que fríen y demonios coloraos de asar.

DON FAUSTINO.—¡Pues claro!

MIRÓ.—No, hombre, no. El Infierno se ha modernizado...

DON FAUSTINO.—¿Pero qué dice?

MIRÓ.—La realidad. Verá. Como á Lucifer le iba muy mal el negocio infernal, ¿sabe?, pues hase un año se marchó á los Estados Unidos; se puso de acuerdo con los norteamericanos, que ahora están de moda, y le arrendó el negosio á un trust, quedándose él con la gerencia, y hoy el Infierno no es tal infierno, es una sosiedat yanqui, titulada "The Equitable Tostón".

VIVALES.—*(Aparte.)* ¡Los yanquis en el Infierno!

MIRÓ.—¡Y si viera cómo han puesto aquello! ¡Qué progreso! ¡Qué mejoras! ¡Todo el material nuevo!

DON FAUSTINO.—¿Entonces las antiguas calderas...?

MIRÓ.—¡Oh! Las antiguas calderas han sido substituídas por elegantes tostaderos eléctricos servidos por hermosas señoritas. Las parrillas son niqueladas y los tridentes de plata *Miele*. Y le puedo desir—esto reservadamente, porque no quieren que se haga público—que para las clases adineradas se ha montado un gran servicio de duchas y ventiladores, con el fin de que el que pueda pagarlo encuentre algún alivio al achicharrarse.

DON FAUSTINO.—¡Qué injusticia! ¡Y los pobres...!

MIRÓ.—Para los pobres se van á establecer puestos de horchata y limón helao.

DON FAUSTINO.—¡Qué yanquis!

VIVALES.—(¡Limón helao en el Infierno!)

DON FAUSTINO.—¡Caramba; con esa descripción, estoy por ir!

MIRÓ.—¡Sí, hombre; no vasile! Le gustará mucho.

DON FAUSTINO.—Y dígame, amigo Miró: ¿por dónde se va al Infierno?

MIRÓ.—Pues ahora tiene la entrada en Nueva York.

DON FAUSTINO.—¿En Nueva York?

MIRÓ.—Sí, hombre. Ustet ya sabe que los yanquis hasían antes unas casas altas que se llamaban los rascacielos; bueno, pues ahora hasen los hurgainfiernos, que son las mismas casas hasia abajo, y por una de esas, que está en la Quinta Avenida, 12.487 bis, está la entrada.

DON FAUSTINO.—Pues allá me voy. Déme usted la carta.

MIRÓ.—Vamos á escribirla. *(Indica el mutis.)*

DON FAUSTINO.—*(Deteniéndole.)* Un momento, amigo Miró. Me asalta una intranquilidad.

MIRÓ.—Digui.

DON FAUSTINO.—Como el viaje que voy á emprender es largo y he de llevar á Fabricia por trenes y barcos... Figúrese usted que como ella

no sabe lo que es el amor y no intentaría defenderse, si alguno, prendado de su belleza, en un descuido mío...

MIRÓ.—Sí, hombre, sí... Ya comprendo lo que teme. Bueno, pues para ese peligro le puedo dar un talismán.

DON FAUSTINO.—¡Un talismán!

MIRÓ.—Aquí le tengo precisamente, miri. *(Lo saca del armario.)* El sombrero mágico. Con esto ya puede estar tranquilo.

DON FAUSTINO.—¿Y qué virtud tiene este sombrero?

MIRÓ.—Que en cuanto usted lo lleve puesto, si la mujer que ama está en peligro de infidelidat, el sombrero se le iluminará todo. Y ustet, así avisado, prosede.

DON FAUSTINO.—¡Oh, que le avisen á uno!...

MIRÓ.—¡Siempre es un consuelo!

DON FAUSTINO. —¡Gracias, gracias! *(Se lo pone.)* Nunca me lo quitaré.

MIRÓ.—Vamos á escribir la carta. *(Vanse derecha.)*

ESCENA IX

VIVALES.—¡Va al Infierno en busca de la flecha de la fidelidad! ¿Fabricia eternamente fiel á esa lamprea decrépita? ¡Nunca! ¡Yo me voy antes

que ellos, le vendo el alma al demonio por la flecha, pincho á ese encanto, se la robo á don Faustino y soy el más feliz de los hombres! Animo, Vivales. *(Vase primera izquierda.)*

ESCENA X

CEPORRO, DON FAUSTINO, DOCTOR MIRÓ, ANTÚNEZ, sabios, sabias, invitados, invitadas. Luego VASIJA y PELMIDIA.

MIRÓ.—Pues nada. Aquí tiene ustet la carta. *(Se la da.)*

DON FAUSTINO.—¡Gracias, doctor; muchas gracias! Bueno, Fabricia, despídete de estos señores, que partimos para un largo viaje.

FABRICIA.—¡Adiós, señoras; adiós, señores; á todos, adiós! *(Se despide de todos.)*

DON FAUSTINO.—*(Llamando.)* Vasija, Vasija; pronto, las maletas, que nos vamos. ¡Vasija! ¿Pero dónde se habrá metido este hombre? ¡Vasija!...

VASIJA.—*(Segunda izquierda. Muy compungido.)* ¡Don Faustino!

DON FAUSTINO.—Las maletas. Pronto, que nos vamos.

VASIJA.—Bueno, el caso es que yo... que un servidor...

DON FAUSTINO.—Pero ¿qué te pasa?

VASIJA.—Que yo no sé cómo decirle á usted que se me ha aumentao el equipaje.

DON FAUSTINO.—¿Qué quieres decir?

VASIJA.—Pues nada, que me he quedao solo, que me aburría, que he cogido la receta y que pa entretenerme un poco, pues rebañando de aquí y de allá... pues... que me he fabricao una señora. *(Asombro en todos.)*

DON FAUSTINO.—¡Dios mío!

CEPORRO.—¿Pero qué dice?

MIRÓ.—¡Sielos! ¿Y cómo te ha salido?

VASIJA.—Hombre, medianamente... ¿Pa qué le voy á usté á engañar? ¡Pero, en fin, para estar hecha por un aficionado...! (1).

DON FAUSTINO.—¿Y dónde está?

VASIJA.—La tengo aquí guardada.

TODOS.— ¡Que salga, que salga!

CEPORRO.—¡Que la saque, que la saque!

VASIJA.—Me da vergüenza... se van ustedes á reir...

MIRÓ.—¡Que salga, hombre!

VASIJA.—No les va á ustedes á gustar, ¿eh? La he hecho muy de prisa y aun no está barnizada. Pero en fin... Sal, Pelmidia... La he puesto Pelmidia porque me ha tomao un cariño, que es pa llevarla con bozal. Anda, rica, sal que te admiren...

PELMIDIA.—*(Ridículamente vestida de calle, por segunda izquierda.)* ¡Señores!

---

(1) Ceporro—Antúnez—Fabricia—Miró—Don Faustino—Vasija; formando grupos los personajes restantes.

TODOS.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué fenómeno! ¡Qué esperpento!

VASIJA.—Pues sí que has tenido un *sucese.*

PELMIDIA.—¿De qué se ríen?

VASIJA.—No sé. Que se conoce que no han visto nunca cangrejos de mar.

MIRÓ.—¡Pero cuidado que es ustet bruto! ¿Ustet no ha visto lo que he hecho yo? ¡Hay que ver la diferencia!

VASIJA.—Bueno, pero yo me la he hecho solo, y usté ha tenido ayudantes. ¡Miá qué gracia!

DON FAUSTINO.—En fin, has hecho una bestialidad, pero no importa. Es tu obra: no la desprecies. Adelante con ella. Vamos en busca de mi felicidad.

VASIJA.—(¡Esta se queda en la primera estación que tenga cantina; palabra!)

FABRICIA.—¿Y dónde me llevas?

DON FAUSTINO.—¡Te llevo á un lugar donde pronto has de saber lo que es el amor!

FABRICIA.—¡Ah, pues vamos, vamos!

DON FAUSTINO.—¡Viva el amor!

TODOS.—¡Viva! *(Aclamaciones. Mucha alegría.)*

MÚSICA

(Vanse todos por primera izquierda, marcando pasos de baile.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El Infierno. Especie de despacho elegantísimo. Al fondo, una verja dorada, con ventanillas como en las grandes casas de banca. Puerta grande á la izquierda, protegida con resortes y pasadores de hierro y con un ventanillo practicable. Esta es la entrada al Infierno. En el foro, otro letrero, "Negociado de entrada", y debajo, sobre la bandera norteamericana, un enorme rótulo: "The Equitable Toston.—Estados Unidos de América.—Sucesores de Pedro Botero And Company Limited." En primer término derecha, puerta con un letrero que diga "Gerencia", puertas con cortinas segundos términos derecha é izquierda. Al foro dos mesas de despacho con máquinas de escribir. Las plumas de escribir son pequeños tridentes; los tinteros, como hornillos rojos encendidos. Un trasgo sostiene un reloj de pared. Los papeles, rojos. Los empleados van correctamente vestidos de frac y calzón corto negro. Todos llevan sobre el peinado, moderno y elegante, unos pequeños cuernos que se iluminan á su tiempo. A cada lado de la puerta de entrada, un cancerbero con el traje de Guardia municipal usado en Madrid. Los municipales también tienen cuernos. Señoritas mecanógrafas, vestidas exageradamente de moda, cortas y escotadas. Con cuernos también. Escriben á máquina. Entre las puertas, primero y segundo término derecha, caja de caudales practicable.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen Mr. EVANS, SATANIEZ, el señor TIZONES, de empleados; trabajan. CHICHARRO y TORRIJA, de guardias. LULÚ, MIMÍ, TOTÓ, de mecanógrafas. En la mesa, foro derecha; TIZONES, SATANIEZ, LULÚ. En la de la izquierda, MIMÍ, EVANS, TOTÓ. Luego un BOTONES infernal.

SATANIEZ.—Amigo Evans.

EVANS.—Mande, señor tenedor.

SATANIEZ.—Informe usted esta instancia de don Saturio Piñeiro, acaparador de carbones de España, que llegó el mes pasado y que ocupa el tostadero 158.

EVANS.—¿Qué solicita?

SATANIEZ.—Un vale para duchas.

EVANS.—Señorita Mimí, á ver en el clasificador, 42-7-9.

MIMÍ.—*(Buscando.)* Piñeiro... Piñeiro... don Saturio. Acaparador, contrabandista, ladrón; aqui está... *(Le da la ficha á Evans.)*

EVANS.—*(La lee.)* No tiene derecho á duchas. *(Se la da á Sataniez.)*

SATANIEZ.—¿Por qué?

EVANS.—No tiene derecho á duchas hasta que se tueste con todo el carbón que robó á los pobres mermándoles el peso.

SATANIEZ.—¡Caramba! Entonces tendrá que aguardar algún tiempo.

EVANS. — Aquí tiene su liquidación. 1.258 años de parrilla á dos toneladas diarias.

SATANIEZ.—Negada. *(Firma el pliego.)* Comuníquese. *(La da á Evans.)*

CHICHARRO.—Hombre, señor Sataniez, ¿no se podría rebajar algo la pena? Porque ese Piñeiro es paisano mío.

SATANIEZ.—Usted se calla. Nada de recomendar á esa gentuza. ¿O cree usted que está todavía en el Ayuntamiento de Madrid?

TORRIJA.—Chicharro.

CHICHARRO.—Torrija.

TORRIJA.—Punto en morro. No olvides que estás condenao á vigilancia eterna por lo poco que has vigilao. *(Se sientan.)*

CHICHARRO. — Oye, Torrija, ¿por qué nos habrán puesto á nosotros al servicio del Infierno?

TORRIJA.—Hombre, porque como todos los servicios del Ayuntamiento son tan infernales, pues cuando llega uno aquí ya está ducho pa lo que le manden. ¡Más infernal que aquello!...

CHICHARRO.—Eres penetrativo.

LULÚ.—Señor Tizones.

TIZONES.—¿Qué desea, señorita Lulú?

LULÚ.—La abonada al ventilador 12-7-46 que comunica que se le ha descompuesto el aparato, y que, mientras que se le arregla, á ver si se le puede mandar algo fresco.

TIZONES.—Desde luego. Que se le dé á elegir entre un mantecao de vainilla ó un fabricante de pan de Viena. *(Gran tumulto interior.)*

SATANIEZ.—¿Qué tumulto es ese?

TORRIJA.—Las meritorias del negociado de tentaciones, que creo que quieren ir á la huelga de brazos caídos.

TIZONES.—¡Caramba, qué conflicto!

MUSICA

Salen por los segundos términos derecha é izquierda

LAS TENTADORAS DEL AMOR

Somos las tentadoras del amor
de "The Equitable Toston"
de New York.
Yo brindo amores,
mi lema es conquistar
seductores.
Mis ojos siempre son
tentadores,
y suele quien los mira pecar.

MIMÍ

¡Ay, pobres señores!

LAS TENTADORAS DEL AMOR

El hombre que yo enamoro
se ha de ver
quemado y en poder de Lucifer.
Baja al Averno
y sufre por mi amor fuego eterno.
Amar
es condenarse al Infierno,
sufrir y padecer

en poder de una mujer.
Algunos muy quemados
á estas horas hay por mí.
(*Dirigiéndose al público.*)

¿Es usted?
¡No!
¿Es usted?
¡Sí!
Todos son iguales,
todos para mí
tienen frases de cariño
y dicen:
¡Yankí!

(*Al decir esta frase se queda á oscuras el teatro y se les encienden los cuernos á todos los personajes que hay en escena. Reflector azul.*)

Tus ojos de condenada
me han abrasado,
¡Yankí!
Por el demonio adiestrada
debes estar,
¡Yankí!
Aunque por ese pecado
me he condenado,
¡Yankí!
¡Quiero pecar!
¡Vuelve á tentar!

(*Al terminar esta frase, se apagan los cuernos y vuelve la luz como al empezar el número. Evolucionan, silbando, y hacen mutis por primera derecha.*)

HABLADO

SATANIEZ.—No, pues no han dicho nada de huelga las pobrecitas.

EVANS.—Su actitud no es de ir al paro forzoso.

SATANIEZ.—Deben ser chismes que hace correr la Casa del Pueblo infernal. *(Suenan fuertes golpes á la puerta.)*

TORRIJA.—Han llamao.

CHICHARRO.—¿Abro, señor Sataniez?

SATANIEZ.—No veo aquí ningún aviso de llegada, pero en fin, mirad á ver quién es...

CHICHARRO.—*(Por el ventanillo.)* ¿Quién llama?

ESCENA II

Dichos y VIVALES (traje de calle).

VIVALES.—*(Desde fuera.)* Gente de paz.

CHICHARRO.—*(Riendo.)* ¡Ja! ¡Ja!... ¡Es uno que dice que gente de paz!

SATANIEZ.—¡Gente de paz en el Infierno!... ¡Que se vaya al Limbo, hombre!

CHICHARRO.—Que se vaya usté á otro lado con la paz.

VIVALES.—Hombre, por Dios, haga usté el favor de abrirme, guardia, que vengo de muy lejos.

CHICHARRO.—Pero si usté es un infeliz.

VIVALES.—*(Asomando la cabeza.)* No lo crea usté, guardia, que soy un sirvergüenza y un canalla, palabra de honor. Ábrame usté, que no haré mal papel.

CHICHARRO.—Que no pue ser, hombre; no sea usté pesao.

VIVALES.—Es que traigo una recomendación de don Woodrof Wilson. Abran ustedes, que me aprecia mucho don Woodrof.

CHICHARRO.—Oiga usted, señor Sataniez, que no sé qué dice de don Woodrof.

SATANIEZ.—Abrale usté á ver.

CHICHARRO.—Pase usté, hombre, pase usté.. *(Le abre.)*

VIVALES.—*(Se quita el sombrero.)* Santos y buenos días. *(Se oye una trepidación horrible, todos se asustan y se les encienden los cuernos.)*

CHICHARRO.—¿Qué es eso de santos...? Haga usté el favor de hablar con mala educación, que está usté en el Infierno.

TORRIJA.—Aquí hay que usar un lenguaje infernal, joven...

VIVALES.—Sí, es verdad, ustedes perdonen. No había caído en que... *(Alto, dirigiéndose á todos.)* Malditos y desagradables...

SATANIEZ.—Malditos los tenga usté. ¿Qué se le ofrece? *(Se les apagan los cuernos.)*

VIVALES.—¿Me haría usté la estupidez de decirle al señor gerente que tuviese la desatención de concederme una insoportable entrevista, para hablarle de una cosa que no le interesa?

SATANIEZ.—Lucifer, nuestro señor, está ahora muy ocupado con unos señores que acaban de llegar de Barcelona.

VIVALES.—¡Ellos! *(Con gran inquietud.)* ¿La habrá pinchado ya?

SATANIEZ.—¿Qué?

VIVALES.—No, nada. ¿Y no podía usté hacerme la grosería de que viese con urgencia al señor gerente?

SATANIEZ.—¡Imposible! Pero tenga la maldad de desesperarse un momento y cuando acabe me dice lo que desea y le desatenderé volando.

VIVALES.—Con mucho disgusto.

SATANIEZ.—Siéntese. *(Mutis á la derecha.)*

VIVALES.—Muy desagradecido. *(Se sienta. A los guardias.)* Me parece que un lenguaje más infernal no cabe.

TORRIJA.—¡Muy bien, muy bien! Como si hubiera usté estao aquí toda su vida.

VIVALES.—¡Ellos con el demonio!... ¡Que llegue yo á tiempo, Dios mío! ¡Caramba, cómo sudo!

¡Hace aquí un calor de todos los diablos! *(Se hace aire con el sombrero. Se limpia el sudor. Al fin se levanta y se dirige á Tizones.)* Oiga, indigno empleado: le guardaría á usté toda mi vida un profundo desprecio si me hiciese el disfavor de mandar que me sirvieran un vaso de agua.

TIZONES.—Con mucho fastidio. *(Oprime el botón de un timbre y en el marcador estallan varias detonaciones.)*

VIVALES.—¡Qué timbrecito! Es una ametralladora. *(Aparece un botones con cuernos por la segunda izquierda.)*

BOTONES.—¡Señor!

TIZONES.—Un vaso de agua para este canalla.

BOTONES.—Al desorden de usté. *(Hace una reverencia y se va por el mismo sitio.)*

VIVALES.—¡Un niño con cuernos! ¡Qué raro hace! ¡Esto no se ve por Madrid! ¡Caray, qué mecanógrafas tan fresquígrafas...! ¡Pero, claro, para estar en el Infierno no se van á poner pieles las pobrecitas!... ¡Hola, condenadillas!... ¿Qué, se mecanografía, eh? ¿Se mecanografía?

TOTÓ.—¡Se mecanografía y se taquigrafía!

VIVALES.—¡Ah, también taqui!... muy bien, muy bien... Luego le dictaré una cosa para que me la taqui...grafíe.

BOTONES.—*(Trae en una bandeja un vaso de agua con azucarillo.)* ¡El agua!

VIVALES.—Muchas desgracias, niño. *(Bebe y echa el agua por la boca como haciendo un gesto*

de haberse quemado.) ¡Demonio!... ¡Oye, monín, este agua está hirviendo!

BOTONES.—¿Pues cómo quiere usté que esté el agua en el Infierno?

VIVALES.—Pero me lo podías haber advertido, chotillo. *(Le toca un cuerno.)* La endulzaré, á ver... *(Echa el azucarillo y sale una llamarada.)* ¡Repirotecnia! ¡Ni que hubiese yo pedido fuegos artificiales! ¡Vaya un refresco!

BOTONES.—¿Desea usted algo más?

VIVALES.— No, muchas gracias, botoncitos, porque si te pido una cerveza me vas á traer el Vesubio; conque anda y que te abrochen, rico. *(Le empuja para que se vaya.)* Me he abrasado. *(En el reloj suenan dos disparos de pistola.)* ¡Mi madre! *(Da un salto de terror.)*

EVANS.—(*Mirando el reloj con gran tranquilidad.*) ¡Las dos en punto!

VIVALES. — (*Mirándole escamado.*) Oiga, ridículo guardia. ¿Pero eso es un reloj ó un tanque inglés?

CHICHARRO.—Pues es el de menos bulla que tenemos. ¡Tira con bala!

VIVALES.—¡Caray! Pues que no me coja aquí á las doce. ¡Es un relojito para un neurasténico!

SATANIEZ.—(*Saliendo por primera derecha.*) Conque usté dirá, indigno pollo, á qué debemos el disgusto de su visita. Soy el tenedor de libros.

VIVALES.—Por muchos años.

SATANIEZ.—Y usté que no lo vea.

VIVALES.—Pues yo me he tomado la libertad de venir á The Equitable Toston, Quinta Avenida (antes Infierno), porque deseaba proponer á ustedes un negocio muy lucrativo, muy lucrativo.

SATANIEZ.—¿Un negocio? Usté dirá de qué se trata.

VIVALES.—Que yo, la verdad, quería venderles á ustedes mi alma.

SATANIEZ.—(*Con desprecio.*) ¡Hombre!

VIVALES.—¡Está en muy buen uso y la doy baratísima!

SATANIEZ.—Bueno. ¿Y qué pide usted por ella?

VIVALES.—Realizar un ardiente deseo.

SATANIEZ.—Amigo Tizones...

TIZONES.—¿Mande usted?

SATANIEZ.—A ver qué se podría dar por el alma de este pollo.

TIZONES.—(*Con un libro registro en la mano.*) ¿Cuál es su desgracia?

VIVALES.—Fructuoso Vivales Cazorla.

TIZONES.—¿Molesta en...?

VIVALES.—Madrid, calle de la Cruz... (*Se oye una trepidación formidable. Toda la dependencia se levanta aterrada y se les vuelven á iluminar los cuernos.*)

VIVALES.—¿Qué ha pasado?

SATANIEZ.—¡Vaya unas señitas para venir al Infierno, caray!

VIVALES.—¡Ay!, es verdad; ustedes dispensen, pero... (*Los cuernos se apagan.*)

TIZONES.—Aquí está. Vivales Cazorla, don Fructuoso. Doctor en medicina, agraciado...

VIVALES.—Sí, señor... (*Vivales hace gestos de asentimiento.*)

TIZONES.—Presumido...

VIVALES.—¡Hombre!

TIZONES.—Tonto de capirote.

VIVALES.—¡Caray, lo saben todo...!

TIZONES.—¿Y qué pide por el alma?

SATANIEZ. — La realización de un ardiente deseo.

TIZONES.—No es posible concederle tanto.

VIVALES.—¿Que no?

TIZONES.—Todo lo más que se le puede dar á usted por ella es el logro de un ligero capricho: un bastón de cartas, una bufanda á rayas, un chaleco de fantasía, unos botines grises...

VIVALES.—(*Aterrado.*) ¡Un chaleco por mi alma!... ¡Tan poco vale!

TIZONES. — Es que está muy deteriorada, pollo.

VIVALES.—¿Cómo deteriorada?

TIZONES.—¿A usted no le rompieron el alma hace dos meses á la puerta de Maxim?

VIVALES.—Bueno, pero me la restauraron y quedó bastante bien.

TIZONES.—Sin embargo, no podemos dar más.

VIVALES.—¿No podrían ustedes correrse si-

quiera á que yo logre el amor de una mujer hermosa?

TIZONES.—Perdería la casa.

SATANIEZ.—Para no regatear: si le conviene á usté el aprecio de un guardia de orden público, hecho.

VIVALES.—¿Cómo de un guardia? ¿Pero por quién me ha tomado usté á mí? ¿Yo vender el alma por media pareja?... ¡Esto es querer estafar á la gente!

SATANIEZ.—¡Haga usté el favor de reportarse, joven! (*Hasta el mutis, todos tienen los cuernos encendidos.*)

VIVALES.—¡No me da la gana, abusones! ¡Buenos demonios!

SATANIEZ.—¡A la calle ahora mismo...!

VIVALES.—¡Vayan ustedes de ahí, so bondadosos! ¡Santos varones!

SATANIEZ.—Haga usted el favor de no insultar.

VIVALES.—¡Vaya, hombre, con los serafines estos! ¡Si yo sé lo honrados que son, no vengo!

TODOS.—¡Fuera! ¡Fuera!...

VIVALES.—¡Bendita sea su casta! ¡Virtuosos! ¡Angelicales! ¡So anacoretas!

TODOS.—¡A la calle! ¡A la calle!

ESCENA III

Dichos y LUCIFER (de la gerencia).

LUCIFER.—(*Aparece el demonio correctamente vestido de frac y calzón corto, con monóculo. Los cuernos un poco más largos que los demás.*) ¿Qué ocurre?

TODOS.—(*Inclinándose.*) ¡Señor!

LUCIFER.—¿Qué escándalo es éste?

SATANIEZ.—Este necio que quería estafarnos.

VIVALES.—Los estafadores son ustedes; que se está poniendo esto que no va á haber quien ponga aquí los pies.

TODOS.—¡Échalo!

LUCIFER.—¡A la calle ahora mismo!

VIVALES.—No quiero. Y me siento aquí. (*Se sienta en una silla.*) No vaya usted á creer que yo me asusto.

LUCIFER.—(*Indignado.*) ¿Cómo que no quieres? Venga la bocina del huracán. (*Se la da Evans. Se la pone en la boca, da dos enérgicos soplidos y descorre los dos cerrojos con fuerte estrépito. Luego hace una gran aspiración hacia dentro y se abre la puerta. Después vuelve á dar otro soplido más largo y más fuerte y sale Vivales con la silla como volando. La puerta vuelve á cerrarse rápidamente.*) ¡A la Quinta Avenida.

¡Fuera de aquí...! ¿Y por qué escandalizaba ese imbécil?

SATANIEZ.—Nada, señor; que quería vendernos un pingo de alma que tiene, por el amor eterno de una mujer.

LUCIFER.—¡El amor eterno de una mujer!... ¡Con lo que ha subido ahora todo! ¡Timadores! (*A la dependencia.*) Y vosotros podéis retiraros. Ya es la hora.

TODOS.—(*Reverencias.*) El fuego infernal sea contigo. (*Mutis segunda izquierda.*)

LUCIFER.—Y vosotros que lo sudéis. All right (*old raid*).

TORRIJA.—(*A Chicharro.*) Nosotros nos quedaremos vigilando. (*Se sientan y á poco duermen.*)

ESCENA IV

LUCIFER y SATANIEZ.

SATANIEZ.—Qué, señor, ¿y esa visita de Barcelona?

LUCIFER.—De eso iba á hablarte. ¡Oh, Sataniez, qué visita más encantadora!

SATANIEZ.—Lo he deducido por lo que la dilatas.

LUCIFER.—¡Chico, me han traído una mujer...!

SATANIEZ.—¿Bonita?

LUCIFER.—¡Una maravilla! ¡Y asómbrate! Es una mujer hecha artificialmente por el doctor Miró y Castellfullit, nuestro corresponsal en Barcelona...

SATANIEZ.—¿Una mujer artificial? ¡Nunca se te ocurrió á ti semejante cosa!

LUCIFER.—Lo que no se le ocurre á un catalán no se le ocurre al demonio. Además, para colmo de encantos, esa maravilla de carne humana no sabe todavía lo que es amor. ¡Su propietario, el viejo que la acompaña, no quiso que la inocularan el amor corriente, y la trae para que yo le preste la flecha del amor fiel que le robé á Cupido!... Que yo le preste... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

SATANIEZ.—¿Y qué te propones?

LUCIFER.—Darle un timo.

SATANIEZ.—Bien hecho: lo merece. ¡Setenta años y pretender la fidelidad de una mujer joven!

LUCIFER.—Es un necio. Verás mi plan. En esta caja de valores guardo la flecha legítima, la que hirió el corazón de todas las grandes fidelidades de la historia; mírala. (*Ha sacado una flecha de un estuche y se la muestra.*)

SATANIEZ.—¡Oh, divina flecha! ¡Flecha sublime!

LUCIFER.—Pues ahora la oculto en este cajón, y en su lugar pongo esta otra. (*Saca una flecha semejante á la primera de un cajón de la mesa despacho, foro derecha, y hace la sustitución.*) Una flecha ful, cuyos efectos son de mucha vista,

pero de poca duración... (*Una vez hecha la sustitución guarda en la caja de caudales el estuche con ia flecha cambiada.*)

SATANIEZ.—¿La de uso corriente?

LUCIFER.—¡Exacto! Le hago creer al viejo que ésta es la verdadéra. Le pido diez millones por prestársela, pincho yo á Fabricia con la legítima y para mí el raudal de oro que el viejo va á soltar y la flor de inocencia que me trae á las manos. ¿Qué te parece?

SATANIEZ.—¡Buen chasco para el carcamal!

LUCIFER.—Ardides del juego son. ¡Acompáñame, que no me echen de menos!

SATANIEZ.—¡Vamos allá!

LUCIFER.—¡Verás qué delicia de criatura!

SATANIEZ.—¡Pobre viejo, sin mujer y sin fortuna!

LUCIFER.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! (*Vanse á la gerencia. Oscuro en la escena.*)

ESCENA V

VIVALES, CHICHARRO y TORRIJA, dormidos.

VIVALES.—(*Levanta la colgadura de la puerta segunda derecha y se mete á gatas por debajo. Lleva una linterna encendida, eléctrica. A los guardias se les iluminan los cuernos.*) ¡El tío soplón ese creyó que me iba á echar á mí del In-

fierno! Sí, sí... ¡Cuando un hombre ama de veras no hay demonios para él! ¡Me he enterado de todo lo que necesitaba! ¡La flecha legítima está en ese cajón! ¡Yo lo fuerzo y la sustraigo!... ¡¡Fabricia es mía!!... ¡Un robo en el Infierno!... ¡qué paradoja! Si me sorprendiesen... (*Se oye un pequeño ronquido.*) ¡Calle! ¿Qué es eso?... (*Dirige la linterna á los guardias.*) ¡Atiza! ¡Dos guardias á la veneciana! ¡Son los de antes!... ¡Yo los apago! (*Finge apagarlos dándole vueltas á una llave imaginaria.*) ¡Están como dos ceporros! (*Enciende la luz de escena.*) Lo mismo les da á ellos vigilar en el Infierno que en la calle de la Ruda. ¡A lo mío!... (*Fuerza el cajón y saca la flecha.*) ¡Oh, aquí, aquí está la divina flecha, la legítima, la que me asegura su amor! (*Suenan golpes á la puerta.*) ¡Dios mío!... Llaman... ¿Quién será?... Y si no abro y vuelven á llamar, estos guardias van á despertarse. (*Se acerca y abre el ventanillo.*) ¿Quién?...

ESCENA VI

Dichos y PELMIDIA.

PELMIDIA.—(*Metiendo la cabeza por el ventanillo.*) Servidora.

VIVALES.—(*Imponiéndola silencio.*) ¡Chitsss...!

PELMIDIA.—¿Hay convalecientes?

VIVALES.—Hay municipales.

PELMIDIA. — (*Introduciendo más la cabeza, mira á los guardias.*) ¿Son dos mayólicas?

VIVALES.—Dos guardias.

PELMIDIA.—¿Pero de Sevres?

VIVALES.—No, señora; de Colmenar. ¿No los ve usted?

PELMIDIA.—Es verdad, no había reparado. ¡Guardias cornúpetos!... ¡Qué rareza!...

VIVALES.—¿Y usted qué deseaba, señora?

PELMIDIA.—Entrar. Soy víctima de la bellaquez más felona que se ha podido cometer con una dama... y el traidor se ha refugiado aquí.

VIVALES.—Pase usted, señora, pase usted. (*Abre.*)

PELMIDIA.—(*Entrando.*) Ah, joven, vengo del Havre á pie y sin dinero. He sido traicionada por un tal Vasija, que me dejó perdida en una estación, entre Burdeos y la Champagne. Yo, claro, me he mareao... ¡Como no sé francés...! (*Llora.*)

VIVALES.—(¡De lo que se ha mareao esta señora es de fea! ¡Yo he visto mastines más correctos de facciones!) Cálmese, señora, cálmese.

PELMIDIA. — Y dígame: ¿usté es demonio, simpático joven?

VIVALES.—Sí, señora; para servirla.

PELMIDIA.—¿Y es usté de los que tientan...?

VIVALES.—Según... Hoy no me toca...

PELMIDIA.—¡Qué lástima!

VIVALES.—¿Y usted qué es lo que pretende, señora?

PELMIDIA.—Pues vengarme de ese canalla, y si usted me facilita la ocasión tendrá en mí una esclava.

VIVALES.—Señora, yo lo único que puedo decirla es que Vasija está aquí dentro; búsquele, agrédale y aporréele. Yo aplaudiréla.

PELMIDIA.—¡Ah, lo deshago, lo deshago!... Y además le inutilizo, porque traigo una carta de recomendación para un nigromante que ocupa aquí un alto cargo, solicitando de él que me conceda un talismán para que ese felón no pueda ser más que mío. Y como yo lo obtenga, mi venganza será espantosa!

VIVALES.—Señora, pues le deseo á usted el mayor éxito en sus cariñosas gestiones, y... ¡Calle!... (*Mirando á los guardias, que se desperezan.*)

PELMIDIA.—¿Qué pasa?

VIVALES.—Las mayólicas que se rebullen.

PELMIDIA.—¡Ah, pues huyamos, que no nos sorprendan! (*Vanse segunda derecha.*)

CHICHARRO.—(*Desperezándose.*) Torrija.

TORRIJA.—Chicharro. (*Se despereza también.*)

CHICHARRO.—¿No te parece que hemos vigilao bastante?

TORRIJA.—Una desageración de vigilancia.

CHICHARRO.—Yo creo que debíamos descansar un rato.

TORRIJA.—¿Vamos á tomar un *five cluque* de Monóvar, ahí en la taberna del Chicharrón?

CHICHARRO.—Has tenío un golpe. Galopa. (*Vanse muy despacio primera izquierda.*)

ESCENA VII

FOSFORINA, FABRICIA y VASIJA (por primera derecha).

FOSFORINA.—Pasad, pasad por aquí.

FABRICIA.—¡Qué admirable! ¡Qué lujoso!

FOSFORINA.—Conque ¿qué te parece el Infierno, linda Fabricia?

FABRICIA.—¡Oh! ¡Un prodigio de instalación, bella Fosforina!

VASIJA.—Con lo que me han asustado á mí de pequeño: "¡Que vas á ir al Infierno, que vas á ir al Infierno...!" Si yo llego á saber el personal que había, á los ocho años empiezo á decir pecaos!

FOSFORINA.—¡Qué simpático eres, Frasquito!

VASIJA.—(¡Esta señora es para hacer una diablura, caray...! ¡Cuidao que es guapa!)

FABRICIA.—¡Qué elegancia! ¡Qué confort...! ¡Estoy encantada...!

FOSFORINA.—Antes esto era una calderería... una cosa inmunda... Lleno de hogueras, de parrillas... todo sucio... ¡Un antro...! La gente no quería parecer por aquí... ¡Pero ahora hay cada lleno...!

FABRICIA.—No me extraña. ¡Todo tan bien montado...!

VASIJA.—Calle usté; ¡si he visto á un prestamista de la calle de la Ventosa, amigo mío, que lo estaban asando con un esmero...! ¡tan bien asao...! ¡tan doraditol... ¡Vamos, que ni un cochinillo de Casa Botín!

FABRICIA.—¿Cómo me iba yo á figurar que la mujer del demonio fuese una señora tan guapa, tan elegante...?

FOSFORINA.—¡Oh, gracias, gracias; me favoreces!

FABRICIA.—¡Pero lo que más me sorprende es que haya aquí quien te vista con tan exquisito buen gusto!

FOSFORINA.—¡Oh, es que el Infierno está lleno de modistas y modistos!

FABRICIA.—¿De veras?

FOSFORINA.—Vienen aquí casi todos.

VASIJA.—¡Toma, eso ya me lo figuraba yo! ¿No ve usté que tienen la poca vergüenza de poner hasta en los balcones... *Robes... Robes... Costumes... Costumes...?* Pos no se necesita saber mucho francés para comprender lo que quiere decir... *Costumes, Robes...* ¡Costumbre de robar...!

FABRICIA.—¡Este Frasquito está lleno de sal.

VASIJA.—¡Atiborrao!

FOSFORINA.—¡Me cautivas, matador!

VASIJA.—(*Acción de poner banderillas.*) Ban-

derillerito naa más, pa servir á usté. (Esta señora tiene unos bajos relieves que conmocionan.)

FOSFORINA.—Y dime, linda Fabricia: he oido que tu propietario te trae para pincharte con la flecha del amor fiel.

FABRICIA.—Sí, eso pretende.

FOSFORINA.—¡Qué lástima!... Porque, claro, si sientes ese amor no podrás estar aquí.

FABRICIA.—¡Quién sabe! Ya veremos!...

FOSFORINA.—Seríamos tan buenas amigas...

FABRICIA.—Todo puede arreglarse... ¡Ahora, que como todavía no sé lo que es el amor...!

FOSFORINA.—¿No sabes lo que es el amor?

VIVALES.—Calle usté, que paece mentira... ¡Una cosa tan...! ¿Quié usté que se lo expliquemos á escote... y no es alusión? (*Queaan hablando en voz baja formando un grupo en último término izquierda.*)

ESCENA VIII

Dichos, DON FAUSTINO, LUCIFER y SATANIEZ (de la gerencia).

FAUSTINO.—¿No quieres ceder?

LUCIFER.—No puede ser menos.

DON FAUSTINO.—¡Diez millones! ¡Qué exorbitancia! ¡Me arruinas!

LUCIFER.—A tu edad estos amores cuestan muy caros, Faustino.

SATANIEZ.—¡Mírala, qué hermosa es!

DON FAUSTINO.—Pero rebajemos siquiera un millón.

LUCIFER.—No puedo. ¡Es precio fijo!

SATANIEZ.—Nuestros socios son inflexibles.

DON FAUSTINO.—Pues sea. Te daré los diez millones. ¿Qué remedio?

LUCIFER.—La flecha de la felicidad será tuya.

DON FAUSTINO.—¿Trato hecho?

LUCIFER.—Hecho. (*Se dan la mano.*) Firma el cheque. (*Don Faustino se sienta á firmarle en la mesa foro derecha.*)

SATANIEZ.—¡Menudo timo! (*Aparte.*)

LUCIFER.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! (*Acercándose á Vasija y en tono jovial.*) Mira, Sataniez; éste es el torero de que yo te hablaba.

VASIJA.—Pa servir á usté.

SATANIEZ.—(*Examinándole.*) Qué curioso. Muy interesante!

VASIJA.—Tantas gracias.

LUCIFER.—Y fíjate, este cordón de la coronilla es lo que llaman en España la coleta.

SATANIEZ.—¡Qué cosa más rara! (*Le coge la coleta.*) Y si se tira de aquí ¿suena algo?...

VASIJA.—Pues si se tira de aquí, va á sonar una gofetá que se va usté á quedar sordo.

SATANIEZ.—(*Soltando con temor.*) ¡Caramba!

LUCIFER.—(*Acercándose á las señoras.*) Pues nada, nosotros terminamos al fin nuestros asuntos. De modo, linda Fabricia, que vas á ir con

mi mujer á tu aposento y ella te hará los honores los días que estés aquí.

FABRICIA.—Y yo, encantada.

LUCIFER.—Y precisamente llegáis en un buen momento. Hoy es día de moda en el Infierno: «El día del abanico». Una gran fiesta que os asombrará por lo espléndida y suntuosa.

FABRICIA.—¡El día del abanico!

FOSFORINA.—Sí; como el abanico es atributo de la frescura, aquí se le rinde una veneración exagerada.

LUCIFER.—¡Ya veréis qué linda fiesta, qué suntuoso baile, qué disfraces tan costosos!

VASIJA.—Iremos, iremos. A cosas de frescura no falto yo.

FOSFORINA.—Con tu permiso, voy á dejar instalada á Fabricia.

LUCIFER.—Llévala á su departamento.

FABRICIA.—Hasta luego.

FOSFORINA.—Acompáñanos, Vasija. *(Vánse segunda izquierda.)*

VASIJA.—Con alma y vida. Me da en la nariz que aquí atoreo. *(Vase detrás de ellas. Vasija haceuna reverencia á Lucifer.)*

DON FAUSTINO.—Aquí tienes los diez millones. *(Le da el cheque.)*

LUCIFER.—*(Abre la caja de caudales.)* Aquí está la flecha. *(Le da la falsa.)*

DON FAUSTINO.—¡Oh! ¡Qué emoción! ¡Venga, venga!... Con esto Fabricia será sólo mía, ¿verdad?

LUCIFER.—Sólo tuya, eternamente tuya. Pincha y te convencerás.

DON FAUSTINO.—¡Oh! ¡Para mí esa juventud y esa belleza!... ¡Gracias, Lucifer, muchas gracias...! *(Le abraza con la flecha en la mano.)*

LUCIFER.—*(Rehuyendo.)* ¡Por favor...! ¡No me pinches á mí... que sería horrible!

DON FAUSTINO.—¡Oh! es que estoy loco, loco de emoción. ¡Oh! Fabricia, Fabricia. ¡Corro en su busca...! ¡Mía...! ¡Mía...! ¡Sólo mía...! (*Vase segunda izquierda.*)

LUCIFER.—(*Riendo.*) ¡Va loco! ¡Qué chasco!

SATANIEZ.—¡Sin dinero y sin mujer...! !Pobre anciano!

LUCIFER.—¡Al fin, lo que merece un viejo...! (*Vanse gerencia.*)

ESCENA IX

PELMIDIA, luego FOSFORINA y VASIJA, por segunda izquierda.

PELMIDIA.—(*Sale por la derecha, se dirige rápidamente á la izquierda, por donde se supone que ve venir á Vasija con Fosforina.*) ¡Le he visto! ¡Le he visto y viene hacia aquí...! ¡Miserable! Canalla. ¡Viene muy amartelado con la señora de Lucifer...! Oh, no, no disfrutará tu amor, yo te lo juro. El nigromante me ha dado un talismán: esta peieta. Me han dicho que mientras yo la lleve

puesta todas las mujeres huirán de su lado. Voy á ponérmela. *(Se la pone)*. Y desde aquí, oculta veré su efecto. (*Se oculta en la segunda derecha. Entra Fosforina y levanta la cortina.*)

FOSFORINA.—Pasa, Frasquito, pasa; no tengas miedo.

FRASQUITO.—¿No vendrá nadie?

FOSFORINA. — Aquí no puedes correr peligro.

VASIJA.—¿Que no puedo correr?... Como venga su marido de usté, yo corro aunque sea por encima de las mesas.

FOSFORINA.—Pasa, pasa... *(Frasquito entra.)* ¡Ay, Frasquito, estaba deseando que nos dejaran solos!

VASIJA.—¿Y por qué?

FOSFORINA.—¡Pues...! *(Con rubor.)*

VASIJA.—¿Y qué es...? ¿que la he enajenao á usté?

FOSFORINA.—¡Me has vuelto loca! ¡Yo no sé lo que tienes, Vasija...!

VASIJA.—Yo sí. Que contusiono de guapo.

FOSFORINA.—¡Y luego esos ojos, con ese fuego...!

VASIJA.—Como que miro á una mujer y la salen granos; no le digo á usté más.

FOSFORINA.—¡Ay! ¡Pero sobre todo, me gustas porque eres torero!... ¡Torero!... ¡Mi ilusión, mi delirio! ¡Si vieras las ganas que tenía yo de ver un torero...!

VASIJA.—¡Ah! ¿Pero es que no ha venido nunca al infierno ningún torero?

FOSFORINA.—No. Ya no se les admite, porque como los demonios tienen los cuernos muy cortos, pues todos los que venían abusaban.

VASIJA.—Toma, como que cuando he visto yo á su marido de usté, he dicho: Si llego á coger á este señor en Tetuán, me sacan en hombros.

FOSFORINA.—¿Y tú eres soltero?

VASIJA.—Verá usté... Soltero, soltero, soltero... Lo que se dice soltero... sí, señora; ahora que del todo, no.

FOSFORINA.—¿No me engañas? Me han dicho que amabas á una tal Pelmidia...

VASIJA.—¿Yo...?

FOSFORINA.—Que tienes un lío de faldas...

VASIJA.—De plumas, porque era un loro.

FOSFORINA.—¿Pues no te la habías fabricado tú mismo?

VASIJA.—Si, señora; pero más cuenta me tenía haber recogido trapos ahora que los pagan caros.

PELMIDIA.—*(Asomándose tras la cortina.)* (¡Ah! ¡Bandido!)

FOSFORINA.—Entonces ven aquí y siéntate á mis pies, que te voy á abrir mi pecho.

VASIJA.—*(Con alegría.)* ¿Más?

FOSFORINA.—¡Vas á saber lo que guardo en mi alma para ti! *(Vasija va á buscar una silla. Fosforina se sienta, él queda á sus pies.)*

PELMIDIA.—*(Iracunda.)* (¡Ah, miserable!)

VASIJA.—*(Muy apasionado.)* ¡Ya estoy á tu lao, Fosforina; derritete en tu Vasija!

FOSFORINA.—Yo quiero irme contigo al mundo, Frasquito.

VASIJA.—¡Irás!

FOSFORINA.—¿Me lo juras?

VASIJA.—La semana que viene merendaremos en el Pico del Pañuelo; palabra.

FOSFORINA.—¿Y me amarás mucho?

VASIJA.—Vas á tener que alquilar un almacén pa el cariño: no nos va á caber en casa.

FOSFORINA.—¿De veras?

VASIJA.—Sí, Fosforina mía, sí. Ven que te abrace y te... *(Va á abrazarla y se le abren los tufos y se le eriza la coleta.)*

FOSFORINA.—*(Levantándose aterrada.)* ¡¡Horror...!!

VASIJA.—¡¡Mi agüela!!

FOSFORINA.—¿Pero, qué te pasa?

VASIJA.—¡Ay! Fosforina, ¿qué tengo yo...?

PELMIDIA.—*(Ríe en su escondite.)* (¡Esto es el talismán!)

FOSFORINA.—¡Estás espantoso!

VASIJA.—¡He sentido un escalofrío por el pelo... y un car...cajeo por la espalda...! ¡Se han reído!

FOSFORINA.—¡Pero si es que se te ha erizado la coleta!

VASIJA.—Dios mío, es verdad. *(Trata de ba-*

jarla.) ¡Ay, que no cede! *(Insiste.)* ¡Ay, que esto es un pararrayos...! ¡Dios mío! ¡Será una cosa infernal...!

FOSFORINA.—Cálmate á ver.

VASIJA.—*(Consigue reducirse el pelo.)* Sí, calla, ya parece... ¡Ay, qué susto!

FOSFORINA.—¡Estabas horrible!

VASIJA.—Un puerco espín, ya me lo figuro. ¿Qué me habrá pasao?

FOSFORINA.—No temas, será algo nervioso. No hagamos caso. Y dime, Frasquito mío: ¿me amarás siempre?

VASIJA.—Hasta el non plus ultra ó hasta el finis coronat opus, que de las dos maneras lo sé decir.

FOSFORINA.—¡Qué gusto!

VASIJA.—Y dime: ¿tú tienes posibles, diablura mía?

FOSFORINA.—Todo lo que necesites para ser feliz; millones si quieres.

VASIJA.—¡Ay, no sabía yo lo rica que eras, encanto mío! Ven que te... *(Va á volver á abrazarla y se le vuelve á erizar el pelo.)*

FOSFORINA.—*(Aterrada.)* ¡¡Oh!! *(Retrocede con espanto.)* ¡¡Otra vez!!

PELMIDIA.—*(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! (¡Es un soplillo boca abajo!)

VASIJA.—*(Con angustia.)* ¡Pero por qué me erizo yo, Dios mío!)

FOSFORINA. — *(Definitivamente aterrada.)*

¡Oh, no, no te acerques!... ¡Estás monstruoso!

VASIJA.—¡Pero Fosforina!... *(Va hacia ella.)*

FOSFORINA.—*(Huyendo.)* ¡No, no!... ¡Esos pelos!... ¡Las persianas abiertas!

VASIJA.—¡Tengo frío! Pero, ¿qué es lo que me pasa á mí?

PELMIDIA.—*(Saliendo de su escondite.)* ¡Que eres un canalla!

VASIJA.—*(Aterrado.)* ¡Pelmidia!

FOSFORINA.—¡Su mujer! *(Huye primera derecha.)*

VASIJA.—¡Me la han facturao!

PELDIMIA.—*(Golpeándole.)* ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Ladrón! ¡Dejarme en Burdeos... sabiendo que no me gusta el vino!...

VASIJA.—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Guardias! *(Huyendo. Se van pegándose. A Vasija, á cada golpe, se le baja y se le sube el pelo. Mutis primera derecha.)*

ESCENA X

FABRICIA y VIVALES (por segunda izquierda).

VIVALES.—¡Ven, ven por aquí, Fabricia!... *(La trae de la mano.)*

FABRICIA.—¡Oh, tú!... Pero ¿eres tú, Vivales?...

VIVALES.—¡Yo, yo que te he seguido hasta el Infierno! Te di mi palabra y la he cumplido.

FABRICIA.—Pero ¿cómo pudiste entrar aquí?

VIVALES.—El amor lo puede todo. Además, mira. ¡Tengo en mi poder la divina flecha del amor!

FABRICIA.—¿Cómo la lograste?

VIVALES.—¡Se la robé al diablo!

FABRICIA.—¿Y lo hiciste por mí?

VIVALES.—¡Todo por ti!

FABRICIA.—¡Oh, amor, amor! ¿Qué fuerza misteriosa tienes, que á tanto alcanzas?

VIVALES.—Vas á saberlo, Fabricia. ¡Al fin vas á saberlo!

FABRICIA.—¡Oh, sí; lo deseo! ¡Lo deseo!

MÚSICA

VIVALES. Aunque el diablo nos acecha,
ven, Fabricia, sin temor,
y te clavaré esta flecha,
que es la flecha del amor.
¡Talismán maravilloso!
Es tan grande su poder,
que por él harán el oso
don Faustino y Lucifer.

FABRICIA. No es temor lo que yo siento,
te confieso la verdad;
lo que ahora experimento
es más bien curiosidad;
Si me enseñas el secreto
del placer, prométeme...

VIVALES. ¿Ser discreto? Te prometo
que el secreto callaré.

(Le clava la flecha. Ella se estremece con coquetería y canta muy expresiva, con mimo refinado.)

FABRICIA. ¡Ay, que me has herido!
¡Ay, qué mal me has hecho!
¡Ay, lo que he sentido
dentro de mi pecho!

VIVALES. ¡Ven, ven aquí, Fabricia,
ven, que me mareo!

FABRICIA. Es una caricia
este cosquilleo,
siento una delicia...
¿qué es lo que deseo?
Será tal vez amor.

VIVALES. ¡Te hice daño, perdón!
¿Te hice daño? ¿Qué sentiste?

FABRICIA. Sentí placer.
Loco, extraño...

VIVALES. ¿Por qué?

FABRICIA. ¡Muy extraño!
Pínchame. Pero muy poco á poco.
¡Tú me quieres y amante te afanas
por no hacerme, Vivales, sufrir!...

VIVALES. ¿Qué sentiste?

FABRICIA. ¡No sé! Muchas ganas...

VIVALES. ¿De qué?

FABRICIA. ¡Muchas ganas!...

VIVALES. ¡Ya sé!

FABRICIA. ¡De reir!...
¡Muchas ganas de reir!
VIVALES. Con la flecha envenenada
tu cariño conquisté.
FABRICIA. No lo siento casi nada,
como yo me figuré.
VIVALES. Ya me quiere, ya me adora;
sólo falta la ocasión.
FABRICIA. (Me ha llegado el cuarto de hora
de la loca tentación!) (*Bailan.*)
VIVALES. Ya me quiere, ya me adora;
sólo falta la ocasión.
FABRICIA. Me ha llegado el cuarto de hora
de la loca tentación.
(Hacen mutis rápido por la izquierda segunda.)

ESCENA XI

DON FAUSTINO, VASIJA (por la primera izquierda).

DON FAUSTINO.—*(Sale aterrado, con el sombrero encendido, y una flor encendida en la solapa, chillando angustiosamente.)* ¡Fabricia, Fabricia!... ¿Dónde está Fabricia?

VASIJA.—Pero ¿qué le pasa á usted, don Faustino?

DON FAUSTINO.—Pero ¿no ves cómo vengo?

VASIJA.—Como si fuera el santo del Rey, ya lo veo. Pero ¿qué es esto?

DON FAUSTINO.—¡Si no me lo explico! ¡Figúrate que estaba yo tan tranquilo, á la puerta del Music-Hall leyendo el programa, á ver si cantaba la Raquel, cuando de pronto veo con espanto que se me ilumina el hongo!

VASIJA.—Como que está usté pa que le lleven á una kermés.

DON FAUSTINO.—¡Ay! Vasija, esto es que Fabricia está en peligro.

VASIJA.—¿Pero cómo? ¡si no sabe lo que es el amor!

DON FAUSTINO.—¡Se lo habrán enseñado por cifra!

VASIJA.—¿Tendrá usté descompuesta la instalación?

DON FAUSTINO.—¡No, no; esto es algo horrible!... ¡Fíjate en el foco!

VASIJA.—¡La verdá es que tié usté encendido hasta el alumbrao supletorio! *(Señalando la flor encendida.)*

DON FAUSTINO.—¿Y qué hago, Vasija, qué hago?

VASIJA.—Pues llamar á la señorita Fabricia y pincharla inmediatamente, créame usté á mí...

DON FAUSTINO.—Sí, sí; en seguida. No debo perder tiempo. *(Llamando.)* ¡Fabricia!... ¡Fabricia!...

ESCENA XII

Dichos y FABRICIA (segunda izquierda). Al salir se le apaga el sombrero.

FABRICIA.—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

DON FAUSTINO. — ¡Ay, tú, por fin!... ¡Ven, ven!... ¡Qué susto me has hecho pasar! *(La coge codiciosamente.)*

VASIJA.—¡Le tenía usté encendido por la cabeza, como una cerilla!...

FABRICIA.—Pero ¿á qué viene esta inquietud, viejecillo mío?

DON FAUSTINO.—A ver... *(Mirándola.)* ¡Ay! ¡Fabricia!... ¡A ti te brillan los ojos con un fulgor extraño!

FABRICIA.—¡Oh, no!...

DON FAUSTINO.—¿Dónde estabas? ¡La verdad, dime toda la verdad!

FABRICIA.—Con Fosforina, preparando los trajes para la fiesta del Abanico.

DON FAUSTINO.—¿No me engañas?

FABRICIA.—¡Te lo juro! ¡Engañarte yo! ¿Pero acaso dudas de mí?...

DON FAUSTINO.—Ven, ven que yo me convenza... *(La mira los brazos con una lupa.)*

VASIJA.—¿Qué busca usté?

DON FAUSTINO.—¡A ver si tiene huellas dactilográficas!... ¡No, no!... ¡Por fortuna, no se ve nada!

FABRICIA.—¡Pues claro que no! ¿Creías que yo te iba á engañar?... ¡Engañarte, cuando hoy precisamente quiero pedirte un favor!... ¡Un gran favor!... ¿Me lo harás, agüelín?

DON FAUSTINO.—¿Qué favor?

FABRICIA.—Que me compres un collar de perlas... ¿Quieres, encanto?

DON FAUSTINO.—¿Un collar? (¡Canario, esta repentina vanidad!)

FABRICIA.—¡Deseo ser la más hermosa de las mujeres!

DON FAUSTINO.—¿La más hermosa?...

FABRICIA.—¡Pero para ti, para gustarte á ti... á tí solito, carcamalillo mío! ¡No te inquietes!

DON FAUSTINO.—(¡Esa coquetería, esa vanidad!) (¡Ay! ¡Vasija!...)

VASIJA.—(Pínchela usted sin perder tiempo, don Faustino, que estoy más escamao que un besugo, y no es alusión!)

DON FAUSTINO.—Sí, sí... En seguida. (Verás...) ¡Fabricia, bella Fabricia!

FABRICIA.—¿Qué quieres de mí?

DON FAUSTINO.—Nada, que me hagas el favor de alargarme tu brazo.

FABRICIA.—¿Para qué?

DON FAUSTINO.—Una curiosidad. Quisiera ver...

FABRICIA.—Tú eres mi propietario, de modo que... *(Le alarga el brazo.)*

DON FAUSTINO.—¡Toma! *(Pinchándola con la flecha.)*

FABRICIA.—*(Gesto de dolor.)* ¡¡Ay!!... ¡Animal... *(Le da una bofetada y hace mutis segunda izquierda, doliéndose del pinchazo.)* ¡¡Bestia!!...

DON FAUSTINO.—*(Con el sombrero espléndidamente encendido.)* ¡Mi madre, qué bofetada!

VASIJA.—¡Le ha encendido á usté el pelo!

DON FAUSTINO.—¡Ay! Vasija, apágame el hongo... ¡Sin dinero y con iluminación! ¡Esta flecha es falsa!... ¡falsa!... ¡¡Apágame esto!!...

VASIJA.—¡Pero si no puedo! *(Soplándole fuerte y repetidamente.)*

DON FAUSTINO.—¡Sopla, Vasija!

VASIJA.—¡No es posible, don Faustino!... ¡Le han iluminao á usté pa una temporada! *(Sigue soplando.)*

TELÓN. TRANSFORMACIÓN

CUADRO II

ESCENA PRIMERA

Espléndido salón, donde se celebra la fiesta del Abanico.

MUSICA

GRAN BAILABLE

Aparece una mujer reclinada sobre varios cojines; á ambos lados dos niñas esclavas. En la forma que marca la partitura van saliendo: Unos Boy-scouts norteamericanos, que evolucionan; cuatro Pájaros de la noche; siguen los Abanicos, cuatro Majas y por último Lucifer, Don Faustino, Pelmidia y Sataniez.

ESCENA II

LUCIFER.—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Espléndida fiesta, digna de mi reino infernal, asociado á la gran República norteamericana! ¡Estoy satisfecho de todos!

DON FAUSTINO.—(*Que le sigue.*) ¡Por tus cuernos, Lucifer, no me desatiendas!

LUCIFER.—¡No me importunes, anciano!

DON FAUSTINO.—Que te digo que la flecha es falsa.

LUCIFER.—¡Qué va á serlo!

DON FAUSTINO.—Que sí. ¡Que pinché á Fabricia y me dió una bofetada, que mírame este ojo!

LUCIFER.—¡Habrás pinchado en hueso!

SATANIEZ.—¡Señor! ¡Señor! (*Jadeante, atolondrado, derecha.*)

LUCIFER.—¿Qué sucede, Sataniez?

SATANIEZ.—¡Una cosa inexplicable... espantosa!... ¡Que Fabricia...! ¡Fabricia se ha escapado con el joven que quería vendernos el alma esta mañana!

LUCIFER.—¡Maldición!... ¿Que se ha escapado?

DON FAUSTINO.—¿Lo ves, lo estás viendo?... ¡Perdida la mujer! ¡Perdido el dinero! ¡Tú me estafaste!... ¡Te roban á mi Fabricia!... Se la llevan... ¡Te engañan! ¡Te engañan!

LUCIFER.—¡No digas necedades, anciano! ¡Al demonio no le engaña nadie, pero nadie!... ¿Lo oyes? ¡Nadie!

PELMIDIA.—¡Señor, señor! (*Loca de espanto, derecha.*)

LUCIFER—.¿Qué pasa?

PELMIDIA.—¡Tu mujer, que ha huído con Vasija!

LUCIFER.—¿Mi mujer? (*Al llevarse, desesperado, las manos á la cabeza, se da con un cuerno y*

hace un gesto de dolor, soplándose la mano.) ¡Rebelcebú!...

DON FAUSTINO.—¡Con Vasija!...

PELMIDIA.—¡Han huído los cuatro! ¡Los cuatro! (*Llorando.*)

LUCIFER.—¡Ah, traidores!

DON FAUSTINO.—¿Y qué hacemos?

LUCIFER.— ¿Cómo que qué hacemos?... Al mundo tras ellos. ¡No disfrutarán su amor ni un solo minuto; yo te lo juro!

DON FAUSTINO.—¡Venganza, venganza!

PELMIDIA.—¡Serán felices!

LUCIFER.— ¡Qué van á serlo! ¿Quién podrá librarles de las iras de un demonio, de un viejo y de una fea? ¡A buscarlos!

LOS DOS.—¡A buscarlos! ¡Venganza, venganza!

MUSICA. MUCHA LUZ

Los Abanicos vuelven á hacer un cambio de lugares y se descorre la tela del abanico grande del foro, dejando ver un gran abanico formado por figuras, y espléndiaamente iluminado; se vuelven á abrir los otros abanicos; cuadro plástico y

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Gabinete elegante, de forma ochavada, en un hotel de Nueva York; puerta grande en una de las ochavas. Dos más pequeñas en los primeros términos, derecha é izquierda. Al foro, una chimenea grande de mármol, sostenida por dos cariátides, que á su tiempo se transforman. Mobiliario adecuado. Es de noche. Luces encendidas. Al lado de la chimenea, tres pulsadores eléctricos.

ESCENA PRIMERA

MISS JENNY, MISS LOWE, MOZOS con equipaje. Luego FABRICIA, FOSFORINA, VIVALES, VASIJA.

MISS LOWE.—*(A mis Jenny, que está poniendo flores en un jarrón.)* ¿Miss Jenny?

MISS JENNY.—¿Miss Lowe?

MISS LOWE.—Que coloquen aquí este equipaje

de unos viajeros que acaban de llegar y que ocuparán estas habitaciones.

MISS JENNY.—¿No quieren vistas á la calle?

MISS LOWE.—Son recién casados... al parecer...

MISS JENNY.—Comprendido. Bajaré los stores. *(Vase miss Lowe primera derecha.)*

MOZO 1.°—¿Dónde dejamos esto? *(Entrando con el equipaje.)*

MISS JENNY.—Aquí. Pásenlo aquí. *(Por primera derecha.)*

MOZO 2.°—Baúl, maleta y dos sombrereras.

MISS JENNY.—¡Está bien! *(Vanse los mozos primera izquierda.)*

VIVALES.—*(Apareciendo seguido de Fabricia, Fosforina y Vasija, por primera derecha.)* Buenas noches.

MISS JENNY.—Adelante, señores...

FABRICIA.—¿Son estos los cuartos que se nos destinan, miss?

MISS JENNY.—Estos son. Pasen los señores; tengan la bondad.

FOSFORINA.—¡Oh, qué habitación tan linda, tan sugestiva!... ¿Te gusta, Frasquito?...

VASIJA.—¡Figúrate!... Como yo en mi vida he tenido un cuarto... un cuarto tan bien puesto, pues voy á estar aquí como el calamar en la linfa...

VIVALES.—Qué elegante estás en la expresión, Vasija.

UNIV. OF CALIFORNIA

VASIJA.—Hijo... hay que poner la retórica de acuerdo con el *mobilario.*

MISS JENNY.—¿De modo que, de este equipaje, el señor ha traído...?

VIVALES.—Yo, baúl; el señor, maleta. *(Por Vasija.)*

MISS JENNY.—¿Usted maleta?

VASIJA.—Hombre, no diga usté que yo maleta, porque si se corre la voz...

MISS JENNY.—Pues voy á prepararles las habitaciones por si quieren descansar, y en seguida salgo á ponerme á sus órdenes. *(Vase primera izquierda.)*

ESCENA II

FABRICIA, FOSFORINA, VIVALES, VASIJA.

VIVALES.—¡Ay! ¡Gracias á Dios! ¡Al fin, solos!

VASIJA.—¡Solos los cuatro! ¡Arrójate en mi seno, Fosforina!

FOSFORINA.—¡Ay, Frasquito mío! *(Se abrazan.)*

FABRICIA.—*(Saltando de alborozo.)* ¡Ay, qué gusto, qué delicia vernos fuera del Infierno, solos, enamorados y libres!

VIVALES.—Estás contentita desde que la flecha...

FABRICIA.—¡Ay, el amor! ¡Desde que sé lo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

es el amor, qué alegría tengo! ¡qué locuacidad!... ¡qué movilidad!...

FOSFORINA.—Qué gozo da vivir enamorada, ¿no es cierto?

FABRICIA.—¡Oh, siento un fuego divino que me enardece, que me sofoca, que me exalta!

FOSFORINA.—¡El mundo te parecerá más alegre!

FABRICIA.—¡El mundo más alegre, y las cosas más bellas y las gentes más amables... y Vasija más simpático!

FOSFORINA.—¡No, no... con éste no te metas!

VIVALES.—Pero cálmate, cálmate por Dios, Fabricia...

FABRICIA.—Es que no sé, no sé lo que me pasa...

VASIJA.—¡Caramba, la ha pinchao usté de un modo, que eso no ha sido pinchazo, ha sido una media estocada, mi amigo!

FABRICIA.—Y ahora aquí, en este hotel, libres de don Faustino, solos... solitos; ¡qué gusto!... ¡Anda, Vivales, dame un beso!

VASIJA.—¡Ya escampa!

VIVALES.—¡Pero mujer, por Dios! ¡Un beso!... No es posible. ¡Ahora no puedo!

FABRICIA.—¿Por qué?

VIVALES.—Porque anda por ahí la miss...

FABRICIA.—Y delante de la miss ¿no se puede dar un beso?

FOSFORINA.—¡No! Eso lo saben todas las señoritas del mundo.

FABRICIA.—¡Ay! Pues yo no sabía que delante de las mises...

VASIJA.—Es que usté aún no sabe de las *mises las medies.*

FABRICIA.—Bueno, pero es que yo no comprendo por qué un beso molesta á los demás. Vamos á ver: si yo te beso á ti, ¿qué siente la miss?

VIVALES.—Envidia.

FABRICIA.—¡Ah! ¿y por eso...? ¡Pues que se fastidie... y se acueste á las ocho, como dicen en la calle del Basterol *(Paseando por la escena.)*

VIVALES.—¡Dios mío, hasta chula!... ¡Lo que hace una flecha!

VASIJA.—Claro: como la pobrecilla es novata, pues no se recata.

VIVALES.—¡Callarse; aquí sale la miss! Vamos á interrogarla respecto á las condiciones de tranquilidad del hotel. A ver si aquí podremos ocultar nuestro amor, seguros y felices.

ESCENA III

Dichos y MISS JENNY (por izquierda).

MISS JENNY.—Ya tienen los señores preparados sus cuartos.

VIVALES.—Muchísimas gracias. Y haga el favor de decirnos una cosa, amable miss.

MISS JENNY.—Manden los señores.

VIVALES.—Este hotel ¿es tranquilo?

MISS JENNY.—¡Oh, tiene fama por su sosiego y por su aislamiento! Especialidad para recién casados. *(Sonriendo.)* ¿Los señores son acaso...?

VIVALES.—¿Recién casados? Sí, señorita.

MISS JENNY.—¿Los cuatro?

VASIJA.—Los cuatro recién, miss.

MISS JENNY.—Pues en este hotel nadie interrumpirá su luna de miel. Se titula *El Hotel de los Idilios.*

FOSFORINA.—¡Oh, qué poético! ¡Los idilios!

MISS JENNY.—Aquí llegan muchas parejas amorosas, hacen su nido como enamoradas golondrinas y luego vuelan á otros climas y á otros cielos *(Con marcado romanticismo.)*

FABRICIA.—¡Caramba, qué romántica!

VIVALES.—¿De dónde es usted, señorita?

MISS JENNY.—De Filadelfia.

VASIJA.—¡Ya se conoce!

MISS JENNY.—¿Y usted? *(A Vasija.)*

FOSFORINA.—Es de Boston, de donde los chanclos.

VASIJA.—Oye, tú... *(Protestando.)*

MISS JENNY.—Pues no han podido encontrar los señores un nido mejor que éste. Todo aquí es discreto, suave, silencioso. La luna entra tamizada por las ventanas; los camareros entran de puntillas en las habitaciones. Hay stores, pestillos... y para que todo sea grato, hasta los timbres son musicales.

VIVALES.—¡Caramba, qué novedad!

FABRICIA.—¿Timbres musicales? Yo no me explico...

MISS JENNY.—Muy fácil. Llaman los señores, y en vez de la vibración molesta del timbre, suena una pieza musical alusiva. Ensayen y verán. Este botón es para llamar al camarero. Opriman.

FOSFORINA.—Es curioso. Voy á ver. *(Oprime uno de los tres botones que habrá colocados á la izquierda de la chimenea. Se escucha distante un trombón que toca el "Ven y ven". Ellos lo corean.)*

VASIJA.—¡Y es claro, el camarero en cuanto oye el "Ven y ven..." pues viene!

FABRICIA. —¡Curiosísimo, curiosísimo...! ¿Y este otro?

MISS JENNY.—Este otro es para llamar al peluquero.

VIVALES.—Veamos. *(Oprime un segundo timbre y se escucha la música de "Tadeo, Tadeo, no te quites el bigote, que estás feo...", que igualmente corean.)* ¡Muy práctico; llama y aconseja! ¡Bravo, bravo!

VASIJA.—¿Y éste para qué es? *(Por un tercer botón.)*

MISS JENNY.—Para llamar al dueño del hotel.

VASIJA.—¿A ver qué suena? *(Oprime y suena la música, que corean los cuatro.)*

LOS CUATRO.—"¡Ladrón! ¡Ladrón! No mereces otro nombre..."

FABRICIA.—¡Caramba! ¡Precioso y significativo!

VIVALES.—¡Muy significativo! ¡Sobre todo para los huéspedes!

VASIJA.—¡Pues muchas gracias por sus noticias, amable joven!

MISS JENNY.—¿Y los señores van á estar aquí mucho tiempo?

VASIJA.—Pues un mes ó más; más bien más, miss.

MISS JENNY.—Se lo deseo felicísimo. Si los señores no tienen otra cosa que mandar... *(Pasa á la derecha marcando el mutis.)*

VASIJA.— Muchas gracias, miss. Y dígame, miss... ¿á usté qué pieza hay que ejecutarla para que acuda?

MISS JENNY.—¡Insistiendo en el "Ven y ven", vengo!

VASIJA.—Se insistirá. Adiós, filadelfianita... *(Vase miss Jenny por la primera derecha.)* (Como yo tenga ocasión de enfocarla con mis dos reflectores, esta miss es una más...)

ESCENA IV

FABRICIA, FOSFORINA, VIVALES y VASIJA.

VIVALES.—Pues nada, por lo visto hemos dado con lo que buscábamos: tranquilidad, discreción, aislamiento...

FABRICIA.—¡Ay, Vivales, qué felices vamos á ser!

FOSFORINA.—¡Oh, Frasquito mío! ¡Libres enamorados!... ¿Quién me arrancará de tus brazos?

VASIJA.—Nadie. Porque como venga tu marido le toreamos al alimón, rebolondilla mía.

FOSFORINA.—Además, habiéndote cortado el pelo, ya no hay peligro de que se te vuelva á poner la coleta como un aparato de telegrafía sin hilos, que era lo que me asustaba.

VASIJA.—¡Como que, fíjate, me he dejado la cabeza que ni un melón chino!

VIVALES.—Pues vamos á inaugurar nuestra vida de amor con un espléndido festín. ¿Os parece?

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Sí, sí!...

FABRICIA.—Nosotras vamos á esa habitación á ponernos los trajes de casa. *(Por la izquierda.)*

VIVALES.—Sí, poneos unas sutiles, unas encantadoras deshabillés.

VASIJA.—Eso. Deshabillarse, deshabillarse.

FOSFORINA.—Salimos en seguida. *(Vanse por la izquierda.)*

VIVALES.—Mientras, nosotros vamos á preparar el menú para cenar espléndidamente.

VASIJA.—¡Cenar y amar!... ¡Viva el amor y la masticación!... *(Vanse por la segunda derecha.)*

ESCENA V

(Queda el teatro á oscuras. La chimenea se ilumina de rojo. En el fondo del hogar aparece la cara de la Pelmidia. Las cariátides de los lados, que se transparentan al mismo tiempo en un fulgor rojizo, se transforman en las cabezas de Lucifer y don Faustino.)

MUSICA

PELMIDIA, LUCIFER y DON FAUSTINO.

RECITADO

LUCIFER. ¿Lo veis?
DON FAUSTINO. ¡Miserables!
PELMIDIA. ¡Canallas!
LUCIFER. Creyeron
burlar nuestras artes, logrando su afán...
DON FAUSTINO. ¡Necios!
PELMIDIA. ¡Vanidosos!
LUCIFER. Y no comprendieron
que nadie ha podido burlar á Satán.
¡Todas las maldades tengo á mi servicio!
DON FAUSTINO. ¡Tuyo siempre ha sido el mundo, Luzbel!

LUCIFER. ¡Hoy, desde este instante, en el maleficio
de mi odio implacable envuelvo al Hotel!
PELMIDIA. Y todo ha de serles hostil y contrario.
DON FAUSTINO. ¡Que nunca disfruten de lo necesario!
LUCIFER. Que caigu sobre ellos angustia y dolor!
PELMIDIA. ¡Que sufran!
DON FAUSTINO. ¡Que en vano, piedad nos imploren!
LUCIFER. ¡Que giman!
PELMIDIA. ¡Que penen¡
DON FAUSTINO ¡Que no se enamoren!
PELMIDIA. ¡Que rabien!
DON FAUSTINO. ¡Que griten!
PELMIDIA. ¡Que rujan!
DON FAUSTINO. ¡Que lloren!
LUCIFER. Que allí donde vayan les siga el rencor...
PELMIDIA. ¡El horror!
DON FAUSTINO. ¡El temor!
LUCIFER. ¡El furor!
LOS TRES. ¡Por habernos robado el amor! (*Desaparecen.*)

(*Vuelve la luz. Al iluminarse de nuevo la escena, aparece en la pared de la izquierda una cabeza de toro disecada, del pelo y señas que se indica en el diálogo. A poco aparece Vasija, muy satisfecho, por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA VI

VASIJA.—¡Si don Juan Tenorio nace en esta época y me trata, á estas horas lo tengo vendiendo mojama de Alicante; porque engañar á don Luis Mejía, que todo lo peor que hizo fué molestar á un Provincial Jerónimo, eso es más fácil que jugar al *guál* ¡Lo inconmensurable es lo de este pobrecito huérfano! ¡Ir al Infierno, guiñar el ojetivo y hacerle una instantánea á la señora del demonio! ¡Pobre diablo! ¡En cuanto le vea le piso el rabo! ¡Infeliz! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! (*Al volverse ve la cabeza del toro.*) ¡Calle! ¿Qué es eso? ¡Una cabeza de toro! ¡Pues antes no estaba en esa pared! ¡Ah, ya caigo! ¡Esto es una delicadeza del dueño de la fonda!... ¡Como sabe que soy torero... me ha puesto un trofeo!... Pero ahora que reparo... ¡Dios mío! ¡Esta cabeza no me es desconocida! (*Acercándose.*) ¡Yo juraría que es la del toro que me dió la cornada en Tetuán!... ¡A ver!... (*Se acerca más.*) ¡Sí, no cabe duda! ¡Berrendo en negro!... ¡Recuerdo que se llamaba *Viajero*... Por cierto que era un viajero que no hacía más que estropear maletas!... ¡Sí, tú eres aquel, aquel *Viajero*, con dos kilométricos, al que yo, después de una faena elegantísima, cité á recibir, pero á recibir la extremaunción, por-

que me diste una cornada, que me ha quedao una cicatriz, que cuando voy ligero de ropa me guardo la caja de cerillas en el hueco! ¡¡Asesino!! ¿Pero quién le ha traído aquí á este ladrón? ¡Ah, si yo te cogiera ahora vivo, no te haría aquella faenita, confiada y clásica, no... Ahora lo primero que te hacía era darte un ayudao por bajo, de esta manera. (*Lo da con el sobretodo de Vivales, que habrá cogido de antemano, haciéndose una muleta con el bastón de su amigo; utiliza el suyo como estoque.*)

VOCES.—(*Interiores, misteriosas.*) ¡Olé!

VASIJA.—¡Mi madre! ¿Quién me ha jaleado? Habrá sido ilusión. ¡Luego un telonazo castigando! (*Lo ejecuta.*)

VOCES.—¡Olé!

VASIJA.—Uno de trinchera, y de que te viese cuadrao, una estocada hasta las cintas. (*Se tira á matar. La cabeza del toro se inclina, los cuernos se le caen y estalla una ovación. Caen á escena sombreros, puros, botas de vino, chaquetas.*) ¡Re...lente! ¿Pero qué es esto? ¿Pero qué ovación es esta? ¡La primera que he oído en mi vida! ¿Pero quién me hace á mí esta ovación?... (*Empieza á devolver sombreros y á guardarse los puros, saludando como los toreros. Se ven agitarse, solos, algunos pañuelos.*) Y piden la oreja... ¡Pues yo no pierdo la ocasión, yo se la corto! (*Va á cortársela y ve que la cabeza de toro ha vuelto á erguirse y le han crecido los cuernos*

de un modo espantoso.) ¡¡Mi madre!!... *(Aterrado.)* ¡¡Qué cuernos!!...

EL TORO.—*(Con voz muy bronca.)* ¡Maleta!...

VASIJA.—*(Dirigiéndose á la puerta derecha.)* ¡Que me coge!... *(El toro desaparece.)*

ESCENA VII

VASIJA y VIVALES (por la derecha segunda).

VIVALES.—*(Deteniéndole.)* Pero, ¿qué te pasa, Vasija?...

VASIJA.—Que me coge...

VIVALES.—¿Pero, quién?

VASIJA.—El *Viajero.*

VIVALES.—¿Qué viajero? ¡Pero si aquí no hay nadie!

VASIJA.—No. Es un toro de Miura que... *(Viendo que ya ha desaparecido.)*

VIVALES.—¡Pero tú estás loco!

VASIJA.—¡Mi madre!... Ya no está.

VIVALES.—Pues claro, hombre; debes haber sido víctima de una alucinación.

VASIJA.—Qué alucinación... ¡Si me he vuelto á ver los cuernos en la región glúteal...

VIVALES.—Vamos, hombre, tranquilízate.

VASIJA.—Pero si me han echao puros, señor Vivales.

VIVALES.—Vamos, siéntate, siéntate.

VASIJA.—Estoy muy escamao, pero, en fin... *(Se sienta á la izquierda de la chimenea.)* ¡Será esto cosa del demonio!

VIVALES.—¡Ah, qué felices vamos á ser, querido Frasquito! He preparado un menú suculentísimo. *(Se sienta en una silla á la derechà de la chimenea.)*

VASIJA.—*(Con escama.)* Bueno, pero...

VIVALES.—*Hors doubres variés.*

VASIJA.—Bueno; á mí los variés, que me los frían, que no estoy yo pa salsas...

VIVALES.—Luego, consomé printanier.

VASIJA.—Que me lo frían. *(Mira escamado á todas partes.)*

VIVALES.—Después, solomillo de toro.

VASIJA.—*(Vivamente.)* ¡No, no, por Dios, señor Vivales! Si quiere usted que yo coma tranquilo, de toro nada.

VIVALES.—Frutas, dulces, helados, champagne... Y luego, entre la espuma sutil del áureo vino... ¡besos de labios escarlata, risas de bocas sensuales y... lo que es mejor, querido Vasija, al fin...

VASIJA.—Al fin, ¿qué?

VIVALES.—¡Al fin...! *(Se quita la cariátide de la chimenea y le da una bofetada. Las manos que dan las bofetadas por el hueco de las cariátides son las de don Faustino y Lucifer. Una vez dadas las bofetadas, las cariátides vuelven á su sitio.)* ¡¡Mi señora tía!! *(Se vuelve aterrado.)*

VASIJA.—¿Qué ha sido?

VIVALES.—Que me han dao una bofetada.

VASIJA. — *(Levantándose alarmado.)* ¿Pero, quién? *(La cariátide de la izquierda desaparece y le dan otra bofetada.)* ¡Arrea!

VIVALES.—¿Qué es?

VASIJA.—¡Que me han dao á mí otra!

VIVALES.—Bueno, ¿pero quién?

VASIJA.—¡Qué sé yo! ¿Lo está usté viendo, señor Vivales? ¡Esto es como lo del toro! ¡Pa mí que el demonio nos persigue! Como le he sustraído la señora, se conoce que irritado...

VIVALES.—¡Calla, por Dios!

VASIJA.—No lo dude usté. ¡Yo estoy esperando una patada invisible!

VIVALES.—¡Bueno, pues calma, mucha calma! *(Tiemblan los dos.)*

VASIJA.—¿Ha dicho usté calma? *(Se cae del miedo.)*

VIVALES.—*(Lo mismo.)*¡Calma... por si acaso es eso, que vea el demonio que ante el amor de una mujer, todas las furias del Infierno no nos harán temblar!

VASIJA.—De ninguna manera.

VIVALES.—Fu... fu... fu... fu... memos... *(Le da un cigarro.)*

VASIJA.—Fu... fuuuun... *(No puede acabar.)* No puedo...

VIVALES.—Siéntate...

VASIJA.—Pero...

VIVALES.—Siéntate... Toma un cici... un cigarro... y que vea ese desgraciado... que ni aunque se haya hecho yanqui, nos intimida. *(Se sienta él también.)* Fu... fu... fu... fumemos.

VASIJA.—Fu... fu... fuuuu... No me sale el memos. *(Por el hueco de las cariátides aparecen las manos con cerillas encendidas.)*

VIVALES.—*(Aterrado.)* ¡Santo Dios!

VASIJA.—¡Remixto! ¿Lo está usté viendo?

VIVALES.—¡Nos ofrecen cerillas!

VASIJA.—¡Las cariátides se nos ponen amables! *(Intentan levantarse y los sujetan.)*

VIVALES.—¡Cielos! ¡Y nos sujetan!

VASIJA.—¡Mi madre! ¡Soltarme! ¡Soltarme! *(Forcejean por desasirse.)*

ESCENA VIII

Dichos, FOSFORINA y FABRICIA (por izquierda.)

LAS DOS.—¡Socorro! ¡Socorro!

ELLOS.—*(Que han logrado desasirse.)* ¿Qué os pasa? ¿Qué os sucede?

FABRICIA.—¡Ay, Dios mío! ¡Una cosa espantosa, terrible!

FOSFORINA.—¡Inaudita, estupenda! ¡No podéis imaginaros!

VIVALES.—¿Pero qué ha sucedido?

FABRICIA.—¡Pues nada; que estábamos desnu-

dándonos, y de pronto, cuando ya me había quitado bastante ropa, veo con espanto unos ojos monstruosos, vivos, inquietos, que aparecen en el tabique, mirándome fijamente y guiñándome el izquierdo!

VASIJA.—¡El izquierdo! ¡La guiñaba el izquierdo!

FOSFORINA.—Y en esto, yo, que me estaba estirando una media, veo otros dos ojos fosforescentes, enormes, que aparecen en el suelo, me miran ansiosos, y se ponen en blanco.

VIVALES.—¡En blanco! ¿Pero es posible?

FABRICIA.—¡Oh, sí; mirad! ¡Esos son! *(Aparecen varios ojos en la pared.)*

FOSFORINA.—¡Y mirad! ¡Nos persiguen!

MÚSICA

FABR. y FOSF. ¡Tápame, por favor!
¡Ay, qué horror!
Tápame, que esos ojos
me han llenado de rubor;
porque tienen su mirar
un no sé qué.

VIVALES. ¡No hay temor!

VASIJA. ¡No hay temor!

ELLAS. ¡Ya lo sé!

ELLOS. ¡Yo estoy junto á ti!
Ya lo mismo me da
que te miren así,

que te miren *asá.*

ELLAS. ¡Míralos por allí!...

ELLOS. ¡Déjalos, igual da!

LOS CUATRO. Bésame y rabiarán...

ELLOS. Tú te acercas con sigilo,
por el talle yo te cojo...

ELLAS. ¡Ay, por Dios, que estoy en vilo!
¡Que nos miran de reojo!

ELLOS. No hagáis caso si, azorados,
nuestros dedos os pellizcan.

ELLAS. ¡Mira ahora, qué enfadados!...
Y, ahora, mira cómo bizcan...

LOS CUATRO. Son el Diablo y don Faustino
y nos miran con enojo...
¡Es igual!...
¡Ah!

ELLAS. Con cien ojos están,
pero no nos verán...
Y al hacernos cariños
se tendrán que ir á hacer guiños.

ELLOS. Pues jamás Lucifer
á ninguna mujer,
con ser diablo,
consiguió vencer.

(*Durante el número los ojos van haciendo los juegos que indica la letra del cantable. Al terminar el número de música, los ojos desaparecen de la pared.*)

HABLADO

FABRICIA.—¡Ya se fueron!

FOSFORINA.—¡Gracias á Dios!

VASIJA.—¡Ese es tu marido, que anda con cien ojos!

ESCENA IX

Dich y MISS JENNY (por la primera derecha).

MISS JENNY.—¡Señores!

VASIJA.—La miss.

MISS JENNY.—Una visita para ustedes. (*Les da una tarjeta.*)

FABRICIA.—¿Una visita y en esta ocasión?

VIVALES.—¡Canario! ¡Mi maestro!

FOSFORINA.—¿Cómo tu maestro?

VIVALES.—El doctor Miró y Castelfullit.

FABRICIA.—¡Mi creador!

VASIJA.—Castellfullit aquí, ¿á qué vendrá?

VIVALES.—Que pase, que pase.

FABRICIA.—Aguarde un momento. Nosotras no estamos para recibir á nadie.

FOSFORINA.—Sí, efectivamente. ¡Estas *tualés!*...

FABRICIA.—Disculpadnos, y en cuanto nos vistamos saldremos á saludarle. De todos modos, lo que nos conviene es huir de este hotel.

FOSFORINA.—Opino lo mismo. Para mí que

estamos sometidos á la influencia infernal de mi esposo. (*Mutis ellas por la primera izquierda.*)

VASIJA.—Pues huyamos: no quiero nada con cornúpetos.

ESCENA X

VASIJA, VIVALES, doctor MIRÓ (por primera derecha).

VIVALES.—(*Yendo hacia la puerta.*) ¡Maestro, querido maestro!

MIRÓ.—(*Entrando y abrazándole.*) ¡Hola, amigo en Vivales! ¡A mis brasos!

VIVALES.—¿Usted en Nueva York?

MIRÓ.—Claro, hombre; como que estoy aquí establecido. ¿Y usté que tal, amigo Fresquito?

VASIJA.—¡Fras... Fras...!

MIRÓ.—¡Lo mismo da, hombre!... ¡Pues no saben ustedes lo que me han hecho de rodar por esta Nueva York, caramba!

VIVALES.—¿Nos buscaba usted?

MIRÓ.—De la seca á la meca. ¡Vengo de la Quinta Avenida!

VIVALES.—¿Y qué deseaba usted de nosotros?

MIRÓ.—Pues nada, sensillamente, ¿sabe? ¡Que deseo que me devuelvan á Fabrisia!

VIVALES.—¿Cómo? ¿Que le devolvamos á Fabricia?

MIRÓ.—Sí, hombre, que ya verá... Aquel sin-

vergüenza de don Faustino Pérez Mogón no me la ha pagado á pesar de que le mandé la factura sincuenta veses, y vengo por ella. Porque las leyes nuevayorkinas me autorisan á su destrucsión para aprovechamiento de materiales.

VIVALES.—¡Caray! ¡Ni que se tratara de un derribo!... ¡Pero, por Dios, maestro; usted sin duda ignora que yo la amo, que la idolatro con locura!... ¡Que Fabricia es mía!...

MIRÓ.—Sí, hombre; ya, ya... Ya me han dicho que se la ha birlao ustet á don Faustino.

VIVALES.—¡Por Dios, no me arrebate usté ese tesoro que es toda mi ilusión!

MIRÓ.—Bueno, hombre; ya nos arreglaremos.

VASIJA.—Y qué, querido doctor, ¿sigue usté construyendo seres humanos?

MIRÓ.—¡Oh, pero ahora en gran escala!... He perfecsionado el prosedimiento y puedo ya servir grandes pedidos á presios económicos. Ahora presisamente vengo de la estasión de facturar para España una mayoría liberal de tresientos veinte diputados que me encargó Romanones. A cuarenta pesetas uno con otro, sobre vagón.

VIVALES.—¡Caray, qué baratura!

MIRÓ.—¡Oh, verá: es que los puedo dar á ese presio porque no tienen que desir más que sí, no, y rumores de aprobasión! Al Ayuntamiento de Madrit, también le he construído siento veintisinco cocheros, garantisando la amabilidat, á sesenta pesetas, chistera comprendida.

VIVALES.—¡Qué prodigio!...

MIRÓ.—Y hago oradores de mitin á tres duros. No se garantiza la buena educasión... y tengo bolcheviquis á seis pesetas, género barato.

VASIJA.—Y en señoritas, ¿sigue usté elaborando?

MIRÓ.—¡Oh, en la clase femenina he llegado á la perfecsión suprema! Me están saliendo unas tobilleras, clase extrafina, para dar vueltas por la Castellana é ir al cine, vamos, ¡cosa rica! En fin, ya verán mi basar... "¡El Mundial Creator!"

VASIJA.—¡Iremos, iremos!

ESCENA II

Dichos, FABRICIA y FOSFORINA (por izquierda).

FABRICIA.—*(Corre á sus brazos.)* ¡Doctor! ¡Mi querido doctor!

MIRÓ.—¡Ah, Fabrisia, mi Fabrisia!

FABRICIA.—¿Usted por aquí?

MIRÓ.—Ya les he dicho á éstos mi objetivo, ya. ¡Pero, oh, nòya, deja que te mire! ¡Estás más bonita que cuando te acabé de hacer!

FABRICIA.—Me conservo bien, ¿verdad?

MIRÓ.—¡Oh, como que todos los materiales eran de primera! ¡Ya sabía yo que esos ojos me iban á dar un gran resultado!... ¿Y esa boca?... *(Reparando en Fosforina.)* ¡Caramba, vaya una

señorita!... ¡Esta señorita no la he hecho yo, pero tampoco es una pochez!

VASIJA.—Es de un servidor.

MIRÓ.—¿Se la ha hecho ustet?...

VASIJA.—¡No, señor; ésta es adquirida de segunda mano!...

FABRICIA.—¡Es la señorita Fosforina!...

MIRÓ.—¡Oh, la mujer de Lucifer!...

FOSFORINA.—¡La misma, para servir á usted!

MIRÓ.—¿De modo que ustet es la que se ha fugado con este Fresquito?...

VASIJA.—¡Fras, Fras!...

MIRÓ.—Fres, fres... ¡Que ya sé lo que me digo!

VIVALES.—¿Pero usted sabe acaso...?

MIRÓ.—¡Lo sé todo, caray! Don Faustino, Lucifer y la Pelmidia han salido del Infierno como tres furias en su persecusión...

VIVALES.—¿Y qué haríamos para salvarnos, maestro?

MIRÓ.—Pues una cosa muy sensilla. ¡Si quieren les hacemos una jugarreta á la fea, al viejo y al demonio!

LOS TRES.—¿Cuál?

MIRÓ.—Verá. Aquí Fosforina le escribe una carta de arrepentimiento á Lusifer, sitándole en mi Basar y disiéndole que después de haber corrido el mundo, no ha encontrado en todo él otro ser que pudiese superarle en gentilesa, elegansia y en seducsión. Él se lo cree, porque la

vanidad engaña hasta al mismo diablo. Y entonses, acompañado de sus dos satélites, vendrán como corderitos, y en cuanto entren, les preparo una trampa en el suelo: caen en una tinaja llena de achicotato de jorobina, y á los dos minutos de tenerlos en infusión, salen achicados á las dimensiones de unos muñecos de pim, pam, pum, y ajorobinados para siempre.

VASIJA.—Pues vamos por nuestro equipaje.

LOS CUATRO.—Sí, vamos, vamos. *(Se dirigen á la puerta izquierda.)*

VASIJA.—¡Alto!

LOS TRES.—¿Qué pasa?

VASIJA.—El equipaje que sale...

VIVALES.—¿Cómo que sale?

VASIJA.—Que sale solo. Mirad... *(Aparecen el baúl, la maleta y las sombrereras, que cruzan la escena.)*

MIRÓ.—Esto es cosa de mi prinsipal.

LOS TRES.—¡Horror! ¡Y se marcha!

VIVALES.—¡Y sin mozo de cordel!

FABRICIA.—¿Dónde irá?

FOSFORINA.—¡A que lo facturen, por lo visto!

VASIJA.—¡Eh! ¡Mi ropa! ¡Mi ropa blanca! ¡Dejarme una muda! *(El baúl suelta una camiseta y unos calzoncillos rotos y desaparece derecha.)* ¡Mi madre! ¡Pues sí que me han dejao una ropita! ¡¡El juego de novio!!

TELÓN

CUADRO II

"El Mundial Creator". Gran Bazar de seres humanos, fabricados por el doctor Miró. Fantástico almacén, lleno de armarios y escaparates. En el primer término izquierda, una puerta practicable pequeña; entrada al almacén por la derecha. Es de día. Mucha luz.

ESCENA PRIMERA

Doctor MIRÓ, VASIJA, VIVALES, FABRICIA y FOSFORINA (derecha).

MIRÓ.—Pasen, señores, pasen. Este es mi Basar. Mi gran Basar. "El Mundial Creator".

FABRICIA.—¡Oh, yo vengo aterrada!

FOSFORINA.—¡A mí todavía me dura el susto!

VASIJA.—Y eso que no han visto ustedes el toro.

MIRÓ.—No tengan miedo, que si, como espero, el demonio ha mordido el anzuelo, de aquí á un rato él y sus satélites estarán en infusión dentro de la calderita que les tengo preparada ahí dentro debajo de una trampa que basculará oportunamente.

FABRICIA.—¿Y se quedarán muy chicos?

MIRÓ.—De este tamaño. (*Señalando el de un muñeco.*)

VASIJA.—(*Que habrá estado curioseando por*

los escaparates, vuelve corriendo.) ¡El Demonio!... ¡El Demonio que viene!... ¡Ya llega!...

FOSFORINA.—¡Y viene con don Faustino y doña Pelmidia!

MIRÓ.—¡Han caído! Han caído en el laso. Ustedes ocúltense por aquí.

VIVALES.—¡Que no nos vean! (*Se ocultan.*)

ESCENA II

MIRÓ, LUCIFER, PELMIDIA, DON FAUSTINO (derecha).

LUCIFER.—¡Doctor! ¡Querido doctor!...

MIRÓ.—¡Oh, señor; mi querido y respetable prinsipal; ustet por este su Basar!

LUCIFER.—Vengo aquí en unión de estos señores á quienes ya conocerás...

MIRÓ.—Ya lo creo, como que el señor me encargó una señorita y no me ha pagado un botón.

DON FAUSTINO.—Se la encargué yo, pero la ha utilizado otro; de modo que el botón es cosa suya.

LUCIFER.—Y la señora...

MIRÓ.—Sí, la señora está hecha de desperdisios de mi laboratorio.

LUCIFER.—Bueno, pues el caso es, querido Miró, que el asunto que nos trae...

MIRÓ.—¡Oh, miri, ya lo conosco, ¿sabe? Sé que su señora se le escapó, pero ya está arrepentida...

LUCIFER.—Eso me dice en su carta. ¡Pobrecilla! ¡Afirma que no ha encontrado sobre la tierra un ser que haya sabido amarla y enloquecerla como yo!...

MIRÓ.—¡Infelisa! ¡Cómo llora por ustet; si la viera...!

LUCIFER.—¿De veras?

MIRÓ.—Ahí en esa habitasión está esperándole. (*Primera izquierda.*)

LUCIFER.—¡Ah, corro, corro á consolarla!

MIRÓ.—Pero no está sola, ¿sabe?

LOS TRES.—¿No?

MIRÓ.—La acompaña en Vasija.

PELMIDIA.—¡¡Vasija!

MIRÓ.—Vasija, que me ha dicho que quisá no sea ustet bonita, pero que tiene ustet un no sé qué...

PELMIDIA.—¡Pobrecillo, dice que un no sé qué!... ¡Ay, pues yo si sé qué! ¡Corro á sus brazos, que yo sí sé qué! ¡Mío! ¡Al fin, mío! (*Pasa á la izquierda.*)

MIRÓ.—¡Y ustet no se apure, caramba, que también tiene ustet esperándole á Fabrisia!

DON FAUSTINO.—¡Oh! ¿Fabricia esperándome? Con este chaquet y este clavel, ó no tiene ojos en la cara, ó cae de rodillas en cuanto me vea.

MIRÓ.—¡Pues pasen, pasen en busca del premio que meresen! (*Abre la puerta.*)

LUCIFER.—(*Entrando.*) ¡Fosforina!

DON FAUSTINO.—¡Fabricia!

PELMIDIA—¡Vasija! (*Al entrar se escuchan á la vez gritos de angustia.*)

MIRÓ.—(*Riendo.*) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ya están en la caldera!

ESCENA III

MIRÓ, FABRICIA, FOSFORINA, VIVALES, VASIJA. Salen.

LOS CUATRO.—¡Cayeron!

MIRÓ.—¡Cayeron!

LOS CUATRO.—¡Bravo! ¡Bravo! (*Palmotean y ríen.*)

MIRÓ.—Y ahora, ya tranquilos, mientras esos desgraciados se achicojorobinan, quiero que visiten mi gran Basar. Lo primero que voy á enseñarles es una remesa que preparo para España.

VASIJA.—¿Una remesa de qué?

MIRÓ.—De lo que ahora gusta más en todo el mundo. Artículo fino. ¡Una remesa de tobilleras! Espesialidat de la casa.

LOS CUATRO.—¡A ver! ¡A ver!

MIRÓ.—¡Mirin!

MÚSICA

TOBILLERAS. Somos todas niñas tobilleras,
que han venido al mundo por saber
si en teatros, cines y carreras

es posible amar y no caer.
Los misterios de galantería
nos podrán ustedes enseñar,
porque no sabemos todavía
ni el modo de mirar,
ni de besar, ni de abrazar.

VIVALES. Son ingenuas y bonitas,
y me tienen encantado.

VASIJA. Al salir de la vasija
to lo tienen estudiado.

FABR. y FOSF. Pollos tiernecitos,
viejos arrugados,
jóvenes maduros
y un poco gastados.
Hombres de la Banca,
chicos de carrera,
escuchad la súplica
de la tobillera.

TOBILLERAS. Ya sabemos que hay pollos galantes,
ya sabemos lo que es un don Juan,
y sabemos que los estudiantes
de seguro nos enseñarán.
Pero no sabemos por qué vamos
á buscar al cine oscuridad,
ni por qué en los hombres despertamos
ansiedad,
y más si son de mucha edad.

(*Evolucionan haciendo grupos artísticos con las banderitas norteamericanas que sacan. Quedan en escena.*)

HABLADO

LOS CUATRO.—¡Preciosa, preciosa!

VIVALES.—¡Qué monadas!

MIRÓ.—¡Como que me las quitan de las manos!

VASIJA.—Pues á mí no me las quitaban. ¡Qué ricas! Y si no tiene usté compromiso, resérveme la plaza de guardaalmacén.

FOSFORNA.—Y ahora, doctor, vamos á ver á nuestras víctimas. Tengo una gran curiosidad por saber cómo ha quedado mi esposo.

LOS TRES.—¡Sí, á ver! ¡A ver!

MIRÓ.—Vamos allá. ¡Miri, mìri el infelís! ¡Voy á cogérselo! (*Abre la puerta, coge una gran espumadera y saca un muñeco vestido y caracterizado como Lucifer.*) ¡Ahí tiene á su marido!

VIVALES.—¡Huy, qué monada!

FOSFORINA.—¡Pobrecillo! ¡Triste fin el del Diablo! Pero qué remedio. ¡Así ha de acabar todo lo viejo!

FABRICIA.—Y así todo lo ridículo. ¡Mirad el pobre don Faustino! (*Toma de la espumadera un muñeco caracterizado convenientemente. Se le ofrece Miró.*)

VASIJA.—(*Idem.*) ¿Pues y Pelmidia? ¡Fijarse, fijarse! ¡Qué raquítica se ha quedao! ¡Fastídiate, esperpento!

EL MUÑECO.—(*Con la voz de Pelmidia.*) ¡Granuja, sinvergüenza!

VASIJA.—¡Dios mío! Achicojorobinada y todo, y me sigue insultando. ¡Cállate, pasmarote! (*Se le ha acercado á la cara.*)

EL MUÑECO.—¡Maleta!

VASIJA.—¡A que te saco el serrín!

EL MUÑECO.—¡Toma, so golfo! (*Alarga un bracito y le da una bofetada.*)

VASIJA.—¡Y me ha pegao! ¡Qué furia! ¡Tome usté, que me da miedo!

MIRÓ.—¡Oh, ya no pueden haser daño! ¡No los rompan, para que sirvan de escarmiento! Porque éste es el triste fin de todo el que quiere vivir robando la felicidad al que la merece. ¡Achicojorobinarse!

MÚSICA

Somos todas niñas tobilleras,
que han venido al mundo por saber
si en teatros, cines y carreras, etc.

TELÓN

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

Casa editorial.—La verdad desnuda.—Las manías. Ortografía. —El fuego de San Telmo.—Panorama nacional.—Sociedad secreta.—Las guardillas.—Candidato independiente.— La leyenda del monje.—Calderón.—Nuestra Señora.—Victoria.—Los aparecidos.—Los secuestradores.—Las campanadas.—Vía libre.—Los descamisados.—El brazo derecho. – El reclamo.—Los Mostenses.—Los Puritanos.—El pie izquierdo.—Las amapolas.—Tabardillo.— El cabo primero.—El otro mundo.—El príncipe heredero.—El coche correo.—Las malas lenguas.—La banda de trompetas.—Los bandidos.—Los conejos. — Los camarones.—La guardia amarilla.—El santo de la Isidra.—La fiesta de San Antón.—Instantáneas.—El último chulo.—La Cara de Dios.—El escalo.—María de los Ángeles.—Sandías y melones.—El tío de Alcalá.—Doloretes.—Los niños llorones.—La muerte de Agripina.—La divisa.— Gazpacho andaluz.— San Juan de Luz.—El puñao de rosas.—Los granujas.—La canción del náufrago.— El terrible Pérez.— Colorín colorao...— Los chicos de la escuela.—Los pícaros celos.—El pobre Valbuena.— Las estrellas.— Los guapos.— El perro

chico.—La reja de la Dolores.—El iluso Cañizares.—El maldito dinero.—El pollo Tejada.—La pena negra.— El distinguido sportman.— La noche de Reyes.—La edad de hierro.—La gente seria.—La suerte loca.—Alma de Dios.—La carne flaca.—El hurón.—Felipe segundo.—La alegría del batallón.—El método Górritz.—Mi papá.—La primera conquista.—El amo de la calle.—Genio y figura.—El trust de los Tenorios.—Gente menuda.—El género alegre.—El príncipe Casto.—El fresco de Goya.—El cuarteto Pons.—La pobre niña. —El premio Nobel.—La gentuza.—La corte de Risalia.—El amigo Melquiades. —La sombra del molino.—La sobrina del cura. —Las aventuras de Max y Mino. —El chico de las Peñuelas.—La casa de Quirós.—La estrella de Olympia.—Café solo.—Serafín el Pinturero.—La señorita de Trevélez.—La venganza de la Petra.—¡Que viene mi marido!—El agua del Manzanares ó Cuando el río suena...—La mujer artificial.

OBRAS DE JOAQUÍN ABÀTI

Monólogos.

Causa criminal. (De actor.)—*La buena crianza ó Tratado de urbanidad.* (Id.)—*Un hospital* (Id.) (3).—*Las cien doncellas.* (Id.) —*La cocinera.* (De actriz.)*—*El Himeneo.* (Id.) * —*El Conde Sisebuto.* (Id.) * — *El debut de la chica.* (Id.) (9).—*La pata de gallo.* (Id.) (9).

Comedias en un acto.

Entre doctores.—*Azucena.*—*Ciertos son los toros.*—*Condenado en costas.* * — *El otro mundo* (1). — *La conquista de Méjico.*—*Los litigantes.*—*La enredadera.*— *De la China* (3).— *Aquilino Primero* (8). *—*El intérprete* (3).—*El aire* (9).—*Los vecinos* (9).—*Café solo* (1).

Comedias en dos actos.

Doña Juanita (2).—*Los niños* (2).—*Tortosa y Soler* (7) (R).—*El 30 de Infantería* (10) (R).— *El Pa-*

raíso (9).—*La mar salada* (9).—*La gallina de los huevos de oro* (Magia) (9).—*La bendición de Dios* (9). —*Mi querido Pepe* (9).—*La gentil Mariana* (9).—*Jesús, María y José.*

Comedias en tres ó más actos.

Tortosa y Soler (7).—*Los hijos artificiales* (7).—*Fuente tónica* (8).*—*Alsina y Ripoll* (6).—*El 30 de Infantería* (10).—*Los reyes del tocino* (Firmada con pseudónimo.) (3).—*El gran tacaño* (9).—*Los perros de presa* (9).—*Genio y figura* (1), (5) y (9).—*La alegría de vivir* (9).—*La divina providencia* (9).—*El Premio Nobel* (1).—*El orgullo de Albacete* (9).—*El cabeza de familia* (9).—*La piqueta* (9).—*El tren rápido* (9) y (13). —*El infierno* (9).—*El río de oro* (9).—*El viaje del rey* (9).

Zarzuelas en un acto.

Los besugos (3).—*Los amarillos* (2).—*El tesoro del estómago* (3).—*Lucha de clases* (4).—*Las Venecianas.* (La música.) (5).—*Tierra por medio* (4).—*El Código penal* (6).—*Tres estrellas* (3).*—*El trébol* (9).—*La taza de te* (9) y (11).—*El aire* (9) (R).—*La hostería del Laurel* (9).—*Mayo florido* (9).—*Los hombres alegres* (9).—*¡Mea culpa!* (9).—*La partida de la porra* (9).—*El verbo amar* (9).—*El potro salvaje* (9).—*España Nueva* (9).—*El dichoso verano* (9).—*Sierra Morena* (9).—*Las alegres colegialas* (9).

Zarzuelas en dos actos.

El asombro de Damasco (9).—*Baldomero Pachón* (9).—*La corte de Risalia* (1), (5) y (9).

Zarzuelas y operetas en tres ó más actos.

La Mulata (3) y (9).—*La Marcha Real* (9).*— *Los viajes de Gulliver* (9).— *El sueño de un vals* (9).— *La viuda alegre* (12). *— *El velón de Lucena* (9).— *La mujer artificial* (1).

Las obras marcadas con asterisco, ó no se han impreso, ó están agotadas.—Las marcadas con (R) son refundiciones.

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García.
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo).
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.
(12) Idem con Don Fiacro Iráyzoz.
(13) Idem con Don Ricardo Viguera.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

MAY 9 1927

8 May'51GS

24Apr'51LU

16Jun51KWG

Jun20'51LL

OCT 02 1990

AUTO DISC OCT 19 1990

50m-8,'26

YB 43257
U.C. BERKELEY LIBRAR
C021105806
473267
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY